

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintd.º

MADRID
20 de Diciembre de 1888.

Año IX.—Núm. 35.



EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL D. JOSÉ CHINCHILLA Y DíEZ DE OÑATE, MINISTRO DE LA GUERRA

fecta
como
etc.

SUMARIO

GRABADOS: Excmo. Sr. Teniente General D. José Chinchilla y Diez de Oñate, ministro de la Guerra.—Inglaterra: la cuestión agraria en Irlanda.—Costumbres de la Isla de Cuba: El voluntario.—Guerra de Africa: la batalla de los Castillejos (cuadro de Esteban; fotograbado de Laurent).—Bellas Artes: Un obsequio de amor (cuadro de Siegert).—Excmo. Sr. D. Manuel Becerra, ministro de Ultramar.—Bajos Pirineos: *Le Pic du Midi* (dibujo de Caula; fotograbado de Laurent).—El Gran Capitán Gonzalo de Córdoba.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Explicación de los grabados.—Una buena obra.—Bibliografía militar de España en el siglo XIX (continuación), por D. Luis Vidart.—Meditación (páginas de un escéptico), por D. Angel E. Blanco.—La falda tricolor, por D. Adolfo Llanos.—Tragedias del arroyo (conclusión), por D. Juan Valero Martín.—La historia de la artillería española (conclusión), por D. Mario de la Sala.—Pasatiempos.—Solución á los insertos en el número anterior.—Anuncios.

CRÓNICA

Continúan las consecuencias de la crisis en forma de asedio á los Ministros nuevos.

Esto es horrible.

La reputación mejor fundada, las esperanzas más justas, fracasan y se desvanecen al contacto de ese monstruo administrativo que se llama *la firma del jefe*, y ese otro monstruo parlamentario que se llama *debate político*.

Aunque los Ministros rara vez llegan á serlo en virtud de estudios y conocimientos especiales en el ramo que el Presidente les encarga (y buena prueba de ello es el hecho de estar designados los Ministros y no estar repartidas las carteras; y otra prueba es también el trasiego de Ministros de unos á otros departamentos, como si en todo fueran peritísimos), concedemos de buen grado que personas del talento de los Ministros no han de tardar mucho, puestos á estudiar los asuntos de *la casa*, en hallar las soluciones reformistas que reclaman tanta rutina subsistente y tanto problema administrativo irresuelto.

Concedido, y muy justamente concedido; porque talento no les falta, y alientos les sobran. (La persona falta de alientos, sea por cortedad de genio, sea por estar cansada de la vida, no se coloca nunca al paso de una cartera.)

De modo que, apenas se ofrezca á su atención la necesidad de la reforma, la penetración y el vigor intelectual del Ministro reformista darán con la solución en menos de una hora.

Pero ¡ay! que en el reloj de los ministerios no suenan más que veintitrés cada día, y esa hora que falta, esa hora que nunca suena, esa hora irrevocablemente prescrita del programa diario del Ministro por la gente rutinaria de *la casa*, esa es la hora de las reformas, y ha huido no se sabe adónde.

El Ministro quiere reformar; sabe que la opinión lo reclama; siente la inaplazable necesidad de hacer reformas; necesita él también adquirir nombre y prestigio; desea demostrar á la gente política que él es un político *técnico*, como el país los pide; que él sabe algo y tiene energía para algo; que no se contenta con hablar y más hablar; que quiere ser Ministro, en una palabra.

Y llega al ministerio, y apenas toca un timbre, le rodea una nube de empleados *expertos y respetables*, dispuestos á recibir con una sonrisita desdeñosa toda idea que transcienda á novedad administrativa.

Y llega luego *la firma del jefe*.

Los camareros de café, acostumbrados á llevar á pulso grandes bandejas cargadas de platos, copas y botellas, suelen tener prodigiosa fuerza en las muñecas.

Pero no les bastaría esa fuerza para coger la pluma y estar dos horas, y tres, y cuatro, escribiendo incesantemente: *Juan Pérez de Rodríguez, Juan Pérez de Rodríguez, Juan Pérez de Rodríguez*.

Se cuenta del Sr. Albareda que, fastidiado un día de tanta y tanta firma, exclamó con la gracia que Dios le ha dado:

—¡Canastos! Ya no sé si pongo *Albareda* ó pongo *Albarda*.

Y cuando parece que ya no hay más que firmar, entra el secretario particular con cincuenta ó sesenta cartas, en las que el Ministro contesta á las recomendaciones.

Y sigue firmando.

Y á todo esto el Presidente le llama para decirle que el diputado Lejía va á dirigirle una interpelación y hay que contestarle. Y para contestarle precisa estudiar, tomar datos, preparar el discurso.

Y hay que recibir las doscientas visitas de otros tantos diputados y senadores que van á pedir algo.

Y hay que preparar otro discursito para la inauguración de tal ó cual Instituto ó Academia.

Y hay que asistir al banquete, y al Consejo, y á la Comisión parlamentaria, y al baile; y hay que hablar en todas partes.

Y... casi nos atrevemos á decir que hay que comer y dormir y lavarse la cara.

¿Cuándo se hacen las reformas?

Ustedes lo dirán, porque ni el Ministro ni nosotros lo sabemos.

Alguien dirá que las reformas se llevan ya estudiadas.

Bien puede ser; pero como el candidato á Ministro no sabe si ha de serlo de Estado ó de Gracia y Justicia, bien puede resultar inútil su trabajo.

Así, hemos visto muchas veces entrar en tal departamento á un hombre joven, de talento, de carácter, con fama de reformista y ocasión propicia para hacer las reformas, y salir del ministerio habiendo reformado en junto las horas de entrada y salida de los empleados.

¡Y á esto llaman ser Ministro!

Peral ha estado en Madrid, y unos cuantos privilegiados de la fortuna le han visto y han hablado con él acerca del submarino.

Tiene Peral la modestia, la llaneza y el convencimiento del genio.

Y tiene un amigo, en cuya casa se ha hospedado, y que ha sido blanco en estos días de la envidia de muchos: el Sr. Novo y Colson.

Y con razón.

Disfrutar de la intimidad del genio, y recibir quizás confianzas que pagarian á peso de oro naciones poderosas...

No se vaya á creer por esto que estimamos estas confianzas buenas para vendidas.

En España no se piensa en eso.

Ni los Gobiernos las han pagado hasta ahora, ni los inventores las venderán nunca.

Aparte de esto, tenemos la corazonada de que Peral ha despejado la incógnita, y que las más poderosas escuadras están gravemente comprometidas ante los nuevos torpederos.

Como también creemos que las ventajitas

que España sacará de haber llegado la primera á resolver el problema, que se las claven á Diosdado en la frente.

También ha recibido Madrid la visita del Orfeón coruñés, que es el más notable de cuantos en Madrid se han oído en mucho tiempo.

En los salones del Círculo Artístico y Literario, el entusiasmo que provocaron los coruñeses fué inmenso.

La maestría y delicadeza de los ejecutantes y la ternura de las frases gallegas, tan artística y suavemente moduladas por los artistas, producían un murmullo tal, como debían oírlo en sus sueños Beethoven y Wagner.

—Así gusta oír *murmurar*, decía Manuel del Palacio.

¡Manuel del Palacio!

Dentro de algunos años, ¡quiera Dios que sean muchos! cuando algún amante de las letras quiera crecer con una frase dos pulgadas, dirá á sus contertulios:

—Yo le oí recitar sus versos.

Y los contertulios le mirarán con el respeto y con la envidia que sólo en ocasiones semejantes inspiran los años.

Dicho queda con esto, que Manuel del Palacio completó la velada recitando *en familia* algunas composiciones. Así como una quinta parte de las que se le pidieron.

Las serias conmovieron profundamente á cuantos formaban apretado círculo alrededor del poeta; y las festivas, que siempre tienen mucha gracia y mucha *miga*, provocaron interminables carcajadas.

—¡Igualdad! oigo gritar al jorobado Torroba; y me ocurre preguntar: —¿Quiere verse sin joroba, ó nos quiere jorobar?»

De estas noches en que Palacio, Ramos, Vital ó Vega nos hacen saborear lo más exquisito de los productos del ingenio, y que, al terminarse, dan, al que escuchó encantado aquellos primores, el disgusto de saber que tiene casa y hogar, ofrece muchas la floreciente Asociación.

¡Lástima que haya relojes y guardarropa, y... que tengamos casa!

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

EL EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

D. José Chinchilla y Diez de Oñate.

Quando nos disponíamos á publicar el retrato y biografía del General ilustre con cuyo nombre encabezamos estas líneas, los acontecimientos políticos han hecho necesaria una crisis, viniendo á formar parte del Gabinete el general Chinchilla, que desde hace tiempo era el considerado por la opinión pública como la personalidad de mayor relieve para ocupar, en estos momentos verdaderamente difíciles, la cartera de Guerra.

Después de recibir el Sr. Chinchilla una educación esmeradísima, notablemente aprovechada, ingresó en el ejército el año 1852, siendo destinado, á su ascenso á alférez de infantería, al regimiento de América, mereciendo al poco tiempo ser nombrado ayudante del capitán general de Castilla la Nueva, por su gran aplicación y excelentes condiciones de mando, en cuyo cargo contribuyó á sofocar el pronunciamiento de la Milicia Nacional en Julio de 1856, sublevada contra la regia prerrogativa. Su arrojo en las sangrientas jornadas del 14, 15 y 16 le valieron el grado de teniente y la cruz

de San Fernando de primera clase: y al año siguiente de recibir el bautismo de sangre ascendía por antigüedad al empleo de teniente.

Nombrado ayudante de campo del general Serano, pasó con éste á la isla de Cuba en 1859, saliendo al siguiente año á operaciones con el brigadier Peláez, jefe de la brigada encargada de proteger la reincorporación á España de la isla de Santo Domingo, en cuya campaña logró distinguirse en varias ocasiones, obteniendo distintas recompensas y el aplauso de sus jefes por su gran pericia militar y excelente comportamiento.

Mandando una compañía de cazadores de Bailén formó parte de la división expedicionaria que dirigió el general Prim con motivo de los acontecimientos de Méjico en 1862, donde nuevamente demostró sus variadas aptitudes y recibió los más grandes elogios de sus jefes.

La guerra de Santo Domingo, en 1864, dió nueva ocasión al Sr. Chinchilla para acreditar su valor é inteligencia militar en los combates librados desde el 17 al 28 de Abril del mismo año, sobresaliendo su honroso comportamiento en la acción del Arroyo Cabañal y la de Puerto Plata, en que al frente de su compañía fué el primero en atacar con bizarría la línea enemiga, destrozando al adversario, que dejara sobre al campo la artillería y demás impedimenta. Poco tiempo después toma parte en la expedición que contra Puerto Cabello dirigió el brigadier La Portilla, obteniendo por todos estos hechos el empleo de comandante y la cruz roja del Mérito Militar.

Hallábase el Sr. Chinchilla en Madrid, el 22 de Junio de 1866, de ayudante del duque de la Torre, y en aquella sangrienta jornada demostró un valor heroico, poniéndose á la cabeza de escasas fuerzas y tomando una barricada, fuerte y tenazmente defendida, después de perder el caballo que montaba, el que cayó acribillado de balazos. Los diversos é importantes servicios prestados por el Sr. Chinchilla en tan aciago día le conquistaron el empleo de teniente coronel.

La revolución del 68 sorprendió al Sr. Chinchilla en Santofía, mandando el segundo batallón del regimiento de Isabel II, y adhiriéndose á aquel movimiento, combatió las fuerzas que mandaba el general Calonge en el ataque de Santander. Al siguiente año, y sobre la base del primer batallón del regimiento citado, organizó el de San Quintín, y consiguió pasar á combatir la ya potente insurrección de Cuba, al frente de su regimiento.

La actividad demostrada por el Sr. Chinchilla en su laboriosa carrera tomó gran incremento en los principios de aquella sangrienta campaña contra los enemigos de la integridad de la patria.

En cuantas ocasiones se le presentaron hizo alarde de sus vastos conocimientos militares y de un valor personal á toda prueba; las Cortes del reino, en sesión del 6 de Abril de 1871, acordaron declarar «merecía bien de la patria por los triunfos alcanzados en la isla de Cuba,» y el Gobierno premiaba sus servicios con el empleo de Brigadier.

Gravemente herido en una de estas acciones, tuvo precisión de regresar á la Península para atender á su restablecimiento; pero volvió á Cuba en Octubre de 1872, donde desempeñó el cargo de Subinspector de infantería y caballería hasta fines de 1873, que embarcó para tomar el mando de la brigada de vanguardia del segundo cuerpo de ejército del Norte, á cuyo frente estaba el duque de la Torre, encontrándose en los memorables combates de Somorrostro y San Pedro Abanto, mereciendo sus relevantes servicios el alto concepto que propios y extraños tenían formado de su talento, y el empleo de Mariscal de Campo, obtenido en 27 de Marzo del mismo año.

Nuevamente marchó al Norte con el duque de la Torre, y aproximándose el término de la guerra civil en la Península, solicitó el general Chinchilla trasladarse á Cuba, donde tantas veces había expuesto su vida por la patria, hasta conseguir la terminación de aquella infame guerra separatista, llena de sufrimientos y privaciones; desempeñando cargos tan importantes como el de

comandante general de las Villas y el de segundo cabo de la capitania general

Después de su ascenso á Teniente General, en 1834, le fué conferida la capitania general de las islas Canarias; luego desempeñó con el mismo acierto la de Aragón; y cuando S. M. se dignó confiarle el puesto que ahora ocupa, se hallaba en la Dirección de la Guardia civil, donde ha conquistado generales simpatías entre el personal de tan benemérito Instituto.

Además de otras muchas condecoraciones que ostenta el general Chinchilla, debemos citar la gran cruz roja del Mérito Militar y la de San Hermenegildo, que representa una vida sin tacha, de dicada con abnegación al servicio de la patria.

El general Chinchilla, por su carácter modesto, tanto como por la desgracia inmensa que sufriera con la pérdida de su virtuosísima y angelical esposa, cuyo recuerdo no podrá borrarse fácilmente de cuantos tuvieron la honra de conocerla, no lleva al ministerio de la Guerra ambición de ninguna clase; y al aceptar el cargo que con general aplauso le ha sido conferido, únicamente aspira á contribuir al mayor perfeccionamiento y completa regeneración de las instituciones militares. El ejército, que conoce las grandes dificultades que ha de encontrar el general Chinchilla para lograr los fines que se propone, tiene confianza absoluta en sus grandes talentos y especialísimas aptitudes para vencer los más resistentes obstáculos y cimentar sobre sólidas bases la interior satisfacción, la disciplina y el compañerismo entre todos los Cuerpos é Institutos militares que, en ocasiones determinadas, representan, estrechamente unidos, el engrandecimiento y la salvación de la patria.

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. Manuel Becerra, Ministro de Ultramar.

Los habituales lectores de esta Revista conocen los principales datos biográficos de esta importante figura del partido liberal, á quien S. M. la Reina se ha dignado encomendar el ministerio de Ultramar, cargo ejercido en otra ocasión, y con gran acierto, por el Sr. Becerra.

Hoy nos falta espacio para reseñar de nuevo los rasgos más sobresalientes que constituyen la personalidad política y privada de este ilustre defensor de las libertades patrias, y escritor distinguidísimo.

El autor de *El Imperio Ibérico* puede dar gran desarrollo á sus especialísimas facultades en el puesto que tiene en el Gabinete fusionista. El ministerio de Ultramar no debe ser ya un centro de entrada ó aprendizaje para los Ministros; es, en nuestro concepto, el departamento más difícil y que mayores conocimientos se necesitan para desempeñarlo á la medida que los intereses del país reclaman; y en este caso particular, la elección que ha recaído en el Sr. Becerra, no puede ser más acertada.

La dirección y gobierno de las colonias, el estudio de su engrandecimiento y constante progreso, sin crear gravámenes nuevos á la madre patria, son problemas complejos de trascendental importancia para el país, que tenemos la convicción ha de abordar con paso lento, pero seguro, el Sr. Becerra, durante su gestión ministerial, dejando gratísimos recuerdos del período de su mando á los buenos españoles.

LA LIGA AGRARIA EN IRLANDA

Uno de los problemas más difíciles que se ciernen, con amenazador semblante, sobre el porvenir de la Gran Bretaña, es, sin disputa, el conflicto social, siempre latente y cada vez más alarmante, que representa la Liga agraria de Irlanda.

El eminente estadista Mr. Gladstone presentó la única solución que, con arreglo á su criterio, como jefe del partido liberal, podría evitar los continuos trastornos que en la actualidad produce la legislación vigente, y la gravedad que tiene para los colonos la situación por que atraviesa una de las más ricas comarcas del Reino Unido. La Cáma-

ra desechó aquellos proyectos, y el problema permanece hoy insoluble, con caracteres más graves.

EL VOLUNTARIO

El cuerpo de voluntarios de la isla de Cuba ha sido objeto en esta Revista de merecidas alabanzas, y sus jefes han ocupado puesto preferente en nuestras páginas. La tenacidad y heroísmo con que han defendido en todas ocasiones la integridad de la patria, les hace acreedores á la gratitud nacional.

El grabado que aparece en este número sirve tan sólo para dar una representación gráfica del servicio que presta este benemérito instituto en las ciudades más importantes de la perla de las Antillas.

LA BATALLA DE LOS CASTILLEJOS

El Sr. Esteban es un artista que ocupa distinguido lugar entre los más reputados pintores de nuestra época.

El cuadro que aparece en la pág. 549, y que reproduce con asombrosa exactitud el fotograbado del Sr. Laurent, representa ese memorable hecho de armas que inmortalizó el nombre del general Prim y el valor indescriptible de aquel puñado de catalanes que tan alto supieron poner el nombre español, peleando denodadamente contra el fanatismo heroico de las huestes musulmanas.

Ya que tan escasa en resultados para el porvenir de la patria fué aquella gloriosa campaña, conviene recordar de vez en cuando los sublimes actos de valor de que allí se hizo alarde, y la sangre vertida generosamente por nuestro incomparable soldado.

UN OBSEQUIO DE AMOR

La escena que representa nuestro grabado de la pág. 552 tiene lugar en Holanda, terminada la guerra de los Treinta años, en uno de los suntuosos palacios de aquellos ilustres expatriados.

El autor de este hermoso cuadro elige como asunto de su obra el momento en que se prepara espléndido banquete; y una linda doncella, dominada por cierto sentimiento del corazón que se impone á despecho de todas las diatribas sociales, no vacila en posponer á sus señores con tal de obsequiar á un gentil guardia del palacio, que se encuentra tan distante del cumplimiento de sus deberes como cerca de la tentadora mesa donde se exponen los más exquisitos viuos y manjares.

BAJOS PIRINEOS.—«LE PIC DU MIDI»

Nuestro grabado de la pág. 553 representa *El Pico del Mediodía*, que forma una de las montañas más elevadas de la parte septentrional de los Pirineos, donde el Gobierno de la vecina República tiene establecido un Observatorio astronómico.

Dirige este Observatorio un sabio francés, el general Nansuty, cuya abnegación por la ciencia sólo se concibe considerando que en esta época del año, hasta fines de Abril, queda completamente aislado, sin que se puedan llevar viveres para él y la gente que tiene á su servicio, porque el espesor de la nieve hace imposible la subida á aquellas regiones hasta que llegan los meses del deshielo.

El Gran Capitán

D. GONZALO FERNÁNDEZ DE CORDOVA

Pocas figuras existen en la historia más simpáticas que la del Gran Capitán.

El vencedor de Cerifola y otros mil combates; el que «dió más reinos al Rey que ciudades le legaron sus abuelos;» el guerrero popular cuya inmortalidad pregonan sus hazañas descritas en versos de todos los metros conocidos, no tiene una estatua que represente tan gallarda presencia á las generaciones presentes y venideras.

El busto que reproducimos en el grabado de la pág. 556 es el único de este gran soldado é invicto guerrero, que ha sido cincelado y modelado.



INGLATERRA.—LA CUESTIÓN AGRARIA EN IRLANDA

Una buena obra.

No de otro modo puede calificarse el proyecto de Montepío militar presentado al Senado por el señor general Dabán, celoso, activo é inteligente Director de Infantería.

No entra en las condiciones de esta Revista hacer un estudio crítico y razonado de un proyecto tan importante, que viene á llenar una necesidad, en el orden social, de grandísimo interés para la patria; pero con objeto de que nuestros lectores puedan apreciar su trascendencia y ventajas que ofrece al Erario, copiamos á continuación las consideraciones que preceden al proyecto, y el articulado del mismo:

«Nada más justo y racional que las naciones miren con preferente atención y solícito interés el modo de premiar los servicios de aquellos de sus hijos á quienes exige toda clase de sacrificios, incluso el de la vida, máxime si ellos responden como buenos, cuando son puestos á prueba su valor y abnegación; pruebas á las que el mundo entero reconoce supieron responder en todo tiempo y circunstancias los guerreros de la belicosa España, cuya historia militar tiene sus páginas llenas de hazañas y sufrimientos que atestiguan las vir-

tudes de nuestro ejército, y que le hacen digno de ser revestido con la más brillante aureola de los honores más prestigiosos.

»Pero no sólo esto es justo y racional; es también conveniente en grado sumo.

»En efecto; el militar á quien se exige abandone y rechace el espíritu de propia conservación; que tiene que acallar el vehemente deseo de prolongar su existencia ante los elevados y generosos sentimientos de honor y patria, y que ha de lanzarse con heroica resolución á los peligros, para rendir de esta suerte el fervoroso culto á los tristes deberes que impone el ejercicio de la profesión más noble y más alta, no siendo, como no es, un ángel, precisa que se estimulen sus merecimientos, no sólo en vida, con medros y esperanzas que deben hacerse tangibles en el acto, sino también en los horizontes abiertos para su familia más allá de la tumba; sin lo cual no es cuerdo vivir confiados en que el día que llegue la triste y fatal hora de empuñar las armas, hagan todos y cada uno, ante el altar sagrado de la patria, sacrificios tan supremos; única manera de que á ésta aprovechen los que por su parte se impone para crear y sostener la fuerza pública.

»Por causas que no hace al caso traer á cuento, y por razones que respeto, el oficial de nuestro ejér-

cito vive en la más triste penuria, en la situación más lamentable.

»Lo exiguo de los sueldos asignados á todos los empleos, y muy principalmente desde capitán á la más alta jerarquía, llegan escasamente á cubrir las más perentorias necesidades de la vida, oficialmente gastosa en extremo, y le hacen imposible, aun viviendo muchos años y llegando á ocupar los primeros puestos, ahorrar lo suficiente para constituir un capital que legar á su familia, y con el cual tenga ésta asegurado un modesto pasar. Esto cierto, y dándose, por otra parte, cuenta exacta de que las pensiones señaladas por el Montepío, si en tiempos que pasaron fueron suficientes á garantizar una decorosa existencia, son al presente mezquinas en extremo para hacer frente á las apremiantes exigencias de la vida moderna, dado el subido precio alcanzado por los artículos de primera necesidad y lo muy alto que se cotiza la instrucción y cultura que sólo es dado adquirir á fuerza de pecuniarios sacrificios, fija la idea constantemente en la ternura de su esposa y en el acendrado cariño de sus hijos, de quien es el único amparo; pasan una vida de continua amarga pesadumbre, pensando en la desventurada existencia que está reservada á los seres que más quiere en el mundo.



COSTUMBRES DE CUBA.—EL VOLUNTARIO



GUERRA DE AFRICA.—LA BATALLA DE LOS CASTILLEJOS (Cuadro de Esteban, fotografiado de Laurent.)



LAURENT Y C^{IA} FOTOGRAFIA MADRID

»Es en alto grado conveniente al Estado hacer lo posible por fomentar en el ánimo de los oficiales del ejército la perdida satisfacción, sin la cual no hay que pensar en que ese complejo conjunto de hombres, animales y máquinas responda cumplidamente á sus fines; pues por alto que sea el grado de perfección que alcance en preparación material ó intelectual, nada se habrá conseguido si, bajo el punto de vista moral, dicha preparación sigue siendo tan deficiente, como lo es al presente, debido á la detestable disposición en que el espíritu de sus oficiales se encuentra, por las causas dichas.

»Por lo que expuesto queda, se comprenderá cuán forzoso se hace pensar en la manera de poner término á las miserias que moral y materialmente acompañan al militar y á sus familias, desde que aquél sienta plaza hasta más allá del amargo instante en que para siempre descansa en paz, y muy principalmente á aquellos cuyas familias, por carecer de pensión alguna, aguardan la mayor indignidad como único bálsamo con que poder curar la profunda herida producida en el alma por la pérdida irreparable del ser querido.

»Con tan laudables propósitos he acariciado la idea de buscar el modo de que se aumenten las actuales pensiones del Montepío en una cantidad que, si no puede alcanzar la cifra con que debiera premiarse una existencia sembrada de espinas y abrojos, por no permitirlo el estado económico del público Erario, asegure al menos á las viudas y á los hijos de los causantes un porvenir decoroso.

»Para dar solución al problema que nos ocupa, bien se comprende la necesidad de imponer algún sacrificio pecuniario, porque sin dinero sería utópico pensar en aumentar las pensiones del Montepío; pero este sacrificio no puede, en verdad, exigirse por completo al país en las actuales económicas circunstancias, á las que no podemos ser indiferentes, antes bien debemos fijar en ellas atención preferente, y celosos por el cumplimiento de ese deber, en la medida de lo posible, nos vemos obligados, bien á pesar nuestro por cierto, á exigirlo también al ejército, que, como primer interesado en tan necesaria, saludable y patriótica empresa, se lo impondrán gustoso.

»Este sacrificio, teniendo en cuenta el corto sueldo asignado á todas las clases del ejército, que no basta, ni con mucho, á sostener con holgura las necesidades de la vida militar, que es preciso rodear siempre del prestigio que debe tener el que representa la fuerza de la autoridad, creemos no puede ser superior al que representa el descuento de un día de haber mensual, y en esta cantidad lo fijamos. Pero como quiera que no todos los militares cobran íntegro el sueldo asignado por la ley al empleo de que están en posesión, sino que en su mayoría sufren el descuento del 10 por 100, y muchos de éstos además percibe sólo el 80 por 100 del referido sueldo, no cabe pensar en que puedan desprenderse de un solo céntimo.

»Con objeto de que á todos se haga posible, si quiera sea trabajosamente, imponerse el repetido sacrificio de un día de haber mensual, y considerando además, que gravar con el descuento del diez el sueldo de muchos oficiales, mientras el resto lo percibe íntegro, constituye en favor de estos últimos un irritante privilegio, que el buen sentido, ayudado por la justicia y la conveniencia, aconseja abolir, propongo la reducción de ese descuento al 5 por 100, y que se grave con él el sueldo de todas las clases; medida igualatoria que recibiría con júbilo el ejército, hoy dividido en castas por la nómina, y que, según la revista del próximo pasado Septiembre, puede plantearse con una economía de 398.401 pesetas y 92 céntimos.

»Este descuento con que se merman los cortos sueldos que se pagan á los militares, inferiores á los que otras naciones asignan á los suyos, aparte de otras muchas ventajas que gozan sus ejércitos, desconocidas en el nuestro por completo, preciso es pensar en irlo rebajando poco á poco en los sucesivos presupuestos, hasta que quede reducido al día de haber mensual, mientras lo haga necesario

la mejora de pensiones, aunque para ello haya que castigar otras partidas del presupuesto general, si por acaso no pudieran sufrirlo las consignadas en el de la Guerra.

»Según mis cálculos, que tengo por seguros, con el elemento del día de haber mensual pueden aumentarse las pensiones en las cifras fijadas en el cuerpo de proyecto de ley, sin otro sacrificio por parte del Estado, caso de haber necesidad de él, que el anticipo en los primeros años de la cantidad que pudiera hacer falta para el pago completo de las pensiones.

»Fundado en todo lo expuesto, el senador que suscribe tiene el honor de someter á la aprobación de la Cámara el siguiente

PROYECTO DE LEY

»Artículo 1.º Se suprime el descuento del 10 por 100 á las clases del Ejército y Armada, desde capitán general á alférez inclusive, que hoy lo sufren, y se grava en el 5 por 100 el sueldo de todo el personal que constituye dichas clases; con cuyo 5 por 100 se atenderá al aumento de gastos que representa este proyecto. Dicho descuento lo sufrirán, no solamente los de las clases activas y pasivas, sino también los pensionistas, con lo cual sale beneficiado el Estado.

»Art. 2.º Desde el próximo año económico se declara derecho á percibir las pensiones del Montepío militar consignadas en esta ley á las viudas y huérfanos de todos los generales, jefes y oficiales del Ejército y Armada, á las madres viudas y padres pobres y sexagenarios de los que mueran solteros ó viudos sin hijos.

»Art. 3.º Es condición necesaria para que las personas á que se refiere el artículo anterior tengan derecho al percibo de la pensión, que el matrimonio haya sido contraído perteneciendo al Ejército ó Armada en cualquier situación del causante, y revestido dicho acto de las formalidades legales necesarias para constituirlo en base de derecho, y haber prestado además en el ejército diez años de efectivos servicios.

»Art. 4.º Las pensiones á que se refiere el artículo 2.º serán las siguientes:

Capitán general.....	5.000	pesetas.
Teniente general....	4.250	»
Mariscal de campo...	3.750	»
Brigadier.....	3.275	»
Coronel.....	3.000	»
Teniente coronel....	2.500	»
Comandante.....	2.000	»
Capitán.....	1.500	»
Teniente.....	1.250	»
Alférez.....	1.000	»

»Art. 5.º Las pensiones que han de disfrutar desde la promulgación de esta ley las familias de los generales, jefes y oficiales que mueren en campaña ó á consecuencia de heridas recibidas en ella, tal y como se preceptúa en el art. 5.º de la ley de 8 de Julio de 1860, serán las consignadas en la tarifa que la acompaña, con un aumento de 1.000 pesetas en cada una de las clases de capitán general á alférez inclusive.

»Art. 6.º Quedan subsistentes cuantas disposiciones rijan sobre esta materia en tanto cuanto no se opongan á la presente ley y reglamento que para su aplicación dictará oportunamente el ministro de la Guerra.»

Bibliografía militar de España en el siglo XIX.

BIBLIÓGRAFOS MILITARES

(Continuación.)

En 1876 publicó el entonces brigadier y hoy mariscal de campo D. José Almirante su muy notable *Bibliografía militar de España*, en que se hallan grandísimo número de noticias eruditas y curiosas, no sólo de nuestros tratadistas de milicia, sino también de los clásicos griegos y romanos, y aun de muchos autores extranjeros que se han

ocupado en sus libros de las guerras y conquistas en que han tomado parte los ejércitos españoles.

En la *Bibliografía militar de España*, del general D. José Almirante, se echan de menos algunas noticias biográficas que fuera conveniente acompañasen á la mención de las obras de los escritores militares, y el comandante de infantería D. Manuel Seco y Shelly procuró suplir esta deficiencia en sus apuntes para un diccionario de militares escritores, á que dió el título de *La pluma y la espada*, libro que vió la luz pública en 1877.

La pluma y la espada, que es una colección de biografías de los militares escritores de los pasados siglos, es también una colección de noticias bibliográficas de los autores de la presente centuria, de los cuales se limita á citar el nombre de sus obras y el año de su impresión.

El médico militar D. Augusto Llacayo, que ya el año de 1875 había publicado en el periódico *La Crónica de Guerra y Marina* una *Reseña histórico-filosófica y bibliográfica de la medicina militar española*, en el año de 1878 publicó en Sevilla un libro intitulado: *Antiguos manuscritos de historia, ciencia y arte militar, medicina y literarios, existentes en la Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo del Escorial*.

El teniente coronel de infantería D. Miguel A. Espina es autor de un libro que vió la luz pública en Manila el año 1886, cuya portada dice así: *La civilización y la espada. Estudios histórico-filosóficos*. En el capítulo de este libro que se titula *Obras de militares contemporáneos*, se hallan reunidas muchas noticias bibliográficas referentes á nuestra moderna literatura profesional.

La Administración militar española, apuntes bibliográficos, es el título de un folleto que en Enero de 1886 publicó en Ávila el oficial del Cuerpo Administrativo del ejército D. Antonio Blázquez. En este folleto se da noticia de varios escritos referentes á los conocimientos propios de la Administración militar, y además se citan las producciones científicas y literarias de los escritores que pertenecen al cuerpo de Administración militar. Este folleto del Sr. Blázquez es muy curioso, y pone de manifiesto la cultura del personal que hoy constituye el Cuerpo Administrativo del ejército.

En la noche del 29 de Marzo de 1887, el capitán de fragata D. Ramón Auñón pronunció un discurso en la renombrada cátedra del Ateneo de Madrid, encaminado á demostrar los servicios que presta la marina de guerra en tiempo de paz, y al terminarse esta conferencia se repartió á los socios del Ateneo que estábamos presentes un folleto intitulado: *Obras profesionales y otros escritos debidos al personal de los distintos cuerpos de la Armada*. Como el general D. José Almirante no incluyó en su *Bibliografía militar de España*, á las obras de ciencia náutica de la guerra el folleto del Sr. Auñón, sólo tiene como precedente la *Biblioteca marítima española* de D. Martín Fernández de Navarrete, que vió la luz pública en 1851. Además de las noticias bibliográficas que ha coleccionado el Sr. Auñón, se puede hacer una deducción semejante á la que antes hicimos de las reunidas por el Sr. Blázquez, la cultura del personal que hoy constituye los diversos cuerpos de nuestra Armada.

Ya habrás notado que todos los escritos que últimamente he mencionado, á excepción de la obra magistral del general D. José Almirante y de la *Biblioteca marítima* del Sr. Navarrete, son de cortas dimensiones, y que sus autores se han ocupado en compilar noticias bibliográficas militares por razones no esenciales en este género de estudios; pero no puede decirse esto de nuestro compañero y amigo el coronel de artillería D. Adolfo Carrasco, que en todas sus investigaciones bibliográficas, así las ya publicadas como las muchas que conserva inéditas, se propone preparar los materiales para que pueda escribirse en su día la historia de la literatura artillera en España. El Sr. Carrasco, en los artículos que ha publicado en el *Memorial de Artillería*, y en su folleto *Bibliografía artillera de España* (Madrid, 1887), no se limita á citar nombres de autores y títulos de libros; porque su amor al estu-

dio le lleva á ahondar en el conocimiento de los tratados de artillería que menciona, haciendo un extracto bastante extenso para dar idea sus principales teorías.

La parte de su *Bibliografía artillera de España* que ha publicado el coronel Carrasco, es muy pequeña comparada con la que aún conserva manuscrita é inédita; pero es natural que no tenga prisa en dar á la estampa estos notables estudios histórico-bibliográficos, cuando para los autores de milicia parece que se puede repetir, ligeramente trasformada, la famosa frase de Larra, diciendo: escribir en España sobre materias militares, es como hacer apuntes en un libro de memorias que nadie ha de leer.

Y á esta indiferencia del público se añade algo aún peor, la injusticia de los Gobiernos, que, como regla general, conceden su protección á los escritores mediocres que se arrastran por los suelos de las antecámaras de los Ministerios y las Juntas consultivas, y la niegan á los que, conservando su dignidad personal, fían en que serán atendidos, si sus obras merecen ser premiadas, sin necesidad de recurrir á recomendaciones y compadrazgos de poderosos personajes.

¿Qué protección oficial ó qué recompensa se ha concedido al coronel D. Adolfo Carrasco como autor de la *Bibliografía artillera de España*, cuyo singular mérito acabamos de señalar? En esta España del siglo XIX en que se han concedido cruces, grados y hasta empleos por invenciones que para nada sirven, por obras más ó menos traducidas del francés ó del alemán, y aun por manuscritos que no han llegado á ver la luz pública, las notables producciones bibliográficas del Sr. Carrasco han pasado inadvertidas para los celosos ministros de la Guerra y las sabias Juntas consultivas que están encargados de promover la cultura del ejército, concediendo su protección á los jefes y oficiales que públicamente se distinguen por su talento y su amor á los estudios profesionales. El Sr. Carrasco es coronel por rigurosa antigüedad, como han llegado á Generales, también por rigurosa antigüedad, don José Almirante, D. Pedro de la Llave, D. Tomás de Reina y algunos otros que parece que tenían sobrados títulos para ser de los *elegidos* en las propuestas de lo que hoy se llama *generalato*.

Es tiempo perdido el que se emplea en lamentarse de lo que no tiene remedio; y en nuestra patria, querido Javier, el favoritismo, engendrador de la injusticia, constituye la medula, la esencia de nuestra vida en todas las esferas oficiales. *No hay hombre sin hombre*, dice la sabiduría popular; esto es, nadie espere subir por su propio mérito, sino por el apoyo, por el *favor* que le preste otro hombre que ya esté arriba. Basta de digresiones, y vuelvo al asunto de que en esta carta estoy tratando.

LUIS VIDART

(Concluirá.)

Meditación (1)

(PÁGINAS DE UN ESCÉPTICO.)

¡Qué descansada vida! etc.
(Fray Luis de León.)
Lejos de mis placeres de la
tierra, etc. (Zorrilla.)

Huyamos de esos sitios malditos que se llaman capitales: su atmósfera ahoga el vicio; la embriaguez y el crimen se respiran; la holganza es segunda naturaleza; no... no fué el hombre creado para constituirse, de rey de la creación, en abyecto reptil que trata de volar del lodo en que se arrastra.

Aquí el primer desengaño de mujer amada grabó un surco de fuego en nuestras mejillas; aquí el cariño, la amistad, es un mito, es un voto efímero que quebranta el egoísmo; la sociedad es la caverna de los monstruos humanos en el colmo, en el paroxismo de su desesperada furia; no existe nada santo; lo noble, lo humano-divino, ha descendido

de su pedestal entre los aplausos de la multitud desordenada y loca; la materia se ha divinizado, y el siglo murmura un himno báquico arrodillado ante ella; el arte ya no humedece su buril en el ideal, y arrancando sus figuras del cieno de la deshonra, hace vibrar en los ojos de las imágenes modeladas por el cincel, en vez del destello virgíneo, el destello lúbrico y candente de la meretriz; en vez de ocultar su cuerpo con las galas fantásticas con que se cubrían las antiguas deidades, la túnica de suave raso que acentúa más las formas y provoca al placer de las sensaciones en evolución; el amor de madre, que la antigüedad acataba como á diosa del hogar, no existe en la plenitud indefinida de sus encantos como anteriormente, en que se immortalizaban las Claudias y Cornелиas; hoy el interés se sobrepone al cariño, y Cupido, aquel dios del amor que Grecia representaba ciego y con un arco en la mano izquierda, está simbolizado modernamente en un atrevido rapaz que, con los ojos entornados por el deleite, enseña en la diestra el negro puñal del desengaño, y en la mano izquierda encarna bolsín de reluciente oro, que agita como la locura sus cascabeles, cuando danza vertiginosamente en el cerebro de los mortales: luego el crimen, ensangrentando el arroyo con frecuencia que espanta; la dignidad humana ausente; la audacia elevando necios; el agiotaje vil inundando todas las esferas; la prostitución de carruaje insultando al obrero con su lujo escandaloso; la nobleza (no la de la sangre, que no existe), la de sentimientos, tienen que guardarse en lo profundo del alma, bajo pena de cometer un delito que la sociedad no perdona: el de ser bueno y honrado; amar con pasión es denigrante; llorar, ridículo; sentir y padecer, desvarios de las ilusiones: los entorchados adquiridos en los gabinetes de los Generales deslumbran los regios salones; el sabio muere ignorado entre los libros que concibió, y el genio, «dormido en el fondo del alma», está esperando su Mesías, está esperando aquel acento que lanzó el Divino Maestro á Lázaro: «Levántate y anda:» no, no es esa la felicidad.

Los Alpes, con su soledad que aterra; los Pirineos, con su imponente aspecto de gigante peñón volcánico; el Atlas, con su majestuosidad que asombra; sí, allí, en alguna de esas elevadas regiones sombrías, en una casita blanca que encierre libros, muchos libros donde solazar mi espíritu y entregarme á esa abstracción interna del pensamiento, que, siendo oscura de por sí, difunde el destello que da vida, que crea y que, al formar un mundo de elevadas idcas, forjan el pedestal sobre el que el genio erigido se immortaliza, y lanza átomos brilladores al herirlo el sol del arte ó de la ciencia, y en la soledad trataré de olvidar y refrescar mi alma de cuanta amargura fué el mundo destilando gota á gota, como un suplicio lento, en mi corazón de niño.

Recordaré, con esa triste alegría del que sufre hojeando los recuerdos, que son las páginas del pasado, mi primer desengaño, el primer grito que en forma de rugido doliente brotó de mi pecho, destrozándolo; mis ilusiones, que cual aves de amor volaban hacia el cielo, mientras mi corazón ensangrentado, roto y mudo de pulsaciones, quedaba en la tierra, semeando al laúd del bardo que arrancaba de sus cuerdas las más bellas melodías antes de destrozarlo en fragmentos y arrojarle con ellos al abismo: recordaré mis sueños y placeres de niño en la aldeita que me vió nacer, arrullando sus murmullos mi cuna modesta y santa: presentaré á mi vista, como un diorama fúnebre, cuantos seres gravitaron en mi alma cuando era aún niño: á Laura en primer término, la de los ojos azules, la del cabello rubio y busto angélico, idealizado por la distancia de fechas: recordaré mis triunfos poéticos, lloraré sobre las coronas de mirto y laurel con que tal vez la sociedad, por escarnio, ciñó mi frente, y maldeciré á la sombra fatídica que venía sin cesar á turbar aún mis horas de reposo, á la fatalidad.

Los poetas griegos y latinos, Anacreonte, Virgilio, Horacio y Píndaro, con sus acentos dulces, que por lo tiernos parecen sonrisas de niño que balbu-

cean las primeras frases: ¡Dios y madre! secarán las lágrimas que enrojecen mi rostro y hielan mi corazón: estudiaré y saborearé sus odas, églogas é idilios campestres, allí en el campo, en el mismo sitio en que las escribieron, para identificarme aún más con sus creaciones; me remontaré con ellos á las épocas en que la naturaleza virgen daba razonados frutos que alimentaban á los Homeros y Aquiles: buscaré en el tallo, en el insecto, en cuanto se agita, la fibra que produce la vida, y analizándola conoceré los resortes que hacen animar á la materia munda y al espíritu que vive y se remonta al hábito de una fuerza ignota; conoceré el dialecto de las aves, descifraré lo que expresa el rugir del Océano, cuyos acentos semejan balbuceos de frases satánicas comprimidas por el estertor de una cólera infinita; me perderé como alma errante por los desfiladeros sin fin de las montañas; sentiré rugir sobre mi frente, como un beso infernal, el hábito de la tempestad que se elabora en las alturas: mi alma navegará como un astro entendiado en el infinito, y mi cuerpo templará sus ateridos miembros al olor balsámico de las flores que esmaltan el sendero por donde susurra el delgado hilo de agua que fertiliza el bosque, el valle y las campiñas.

La Filosofía, esa imagen de blanca túnica que se oculta como un misterio en la penumbra de los cielos, oreará con sus elevados conceptos mi ardorosa frente por el pensamiento, y si á lo lejos, como un murmullo vago, llega á mis oídos el acento de la oración que entona el anacoreta en las soledades de los desiertos, arrodillaré mi alma, plegaré sus alas, y mi corazón murmurará ese sublime himno que mana de las conciencias que meditan en loor del Ser que rige los humanos destinos.

La contemplación de la naturaleza en sus múltiples manifestaciones será el libro que sin cesar hojearé: los astros, que como aves de plata navegan en los espacios, como la idea flota en las arcadas cerebrales, me remontarán á la investigación del *por qué* de los mundos que giran suspendidos alrededor de una atracción universal, cuyo resorte es Dios.

Sentiré brotar del germen el efuvio que origina la vida y el miasma que causa la muerte: las transformaciones que opera la evolución en su marcha simultánea; lo que es hoy larva, será mañana gusano; lo que es hoy capullo, romperá su cárcel y aparecerá mariposa; todos esos misterios, con sus encantos desconocidos é infinitos como el deseo, los contemplaré con la avidez del genio musical que busca en la multitud de sonidos que flotan y vibran en el espacio la nota de la armonía universal, sujeta al pentagrama del infinito; sumido en tal grandeza, anhelaré lo gigante, la naturaleza y el genio; saborearé sus asombrosas concepciones y me arrodillaré ante la ciencia y el arte, como amante que soy de lo inmortal y lo bello.

Estudiaré la pintura, no en el arte sublime, pero ficticio, de los Rafaeles y Murillos, no, sino en esos lienzos de inimitable colorido de la naturaleza. El amanecer con sus tintes azulados y grana, que se imprime como un beso supremo en todo cuanto resbala y rodea; el crepúsculo vespertino con su claridad misteriosa y tenue, como destello de astro nocturno; el césped que baña como verdoso líquido el árido terreno en los árboles que cobijan mis historias de amor, en los nidos que tapizan su ramaje y tienen el claro-oscuro del rayo que penetra por la sombra del follaje.

La escultura la observaré mis ojos con deleite cuando la nieve, cayendo silenciosamente en gruesos copos, forme vistosos juegos de encaje en las ramas, en los árboles, en las peñas y en la chimenea y tejado de mi albergue: la música, en los mil murmullos armoniosos y apagados con que despierta, vive y muere el día, cual notas surgidas de ignota clave, y la poesía, en la estética interna y cadenciosa, como la rima con que entona un himno callado cual la esperanza, todo lo que forma el bellissimo conjunto con que el campo despliega en las estaciones sus galas poéticas y arrobadoras.

No: el arte no se estudia en el oropel; vibra como

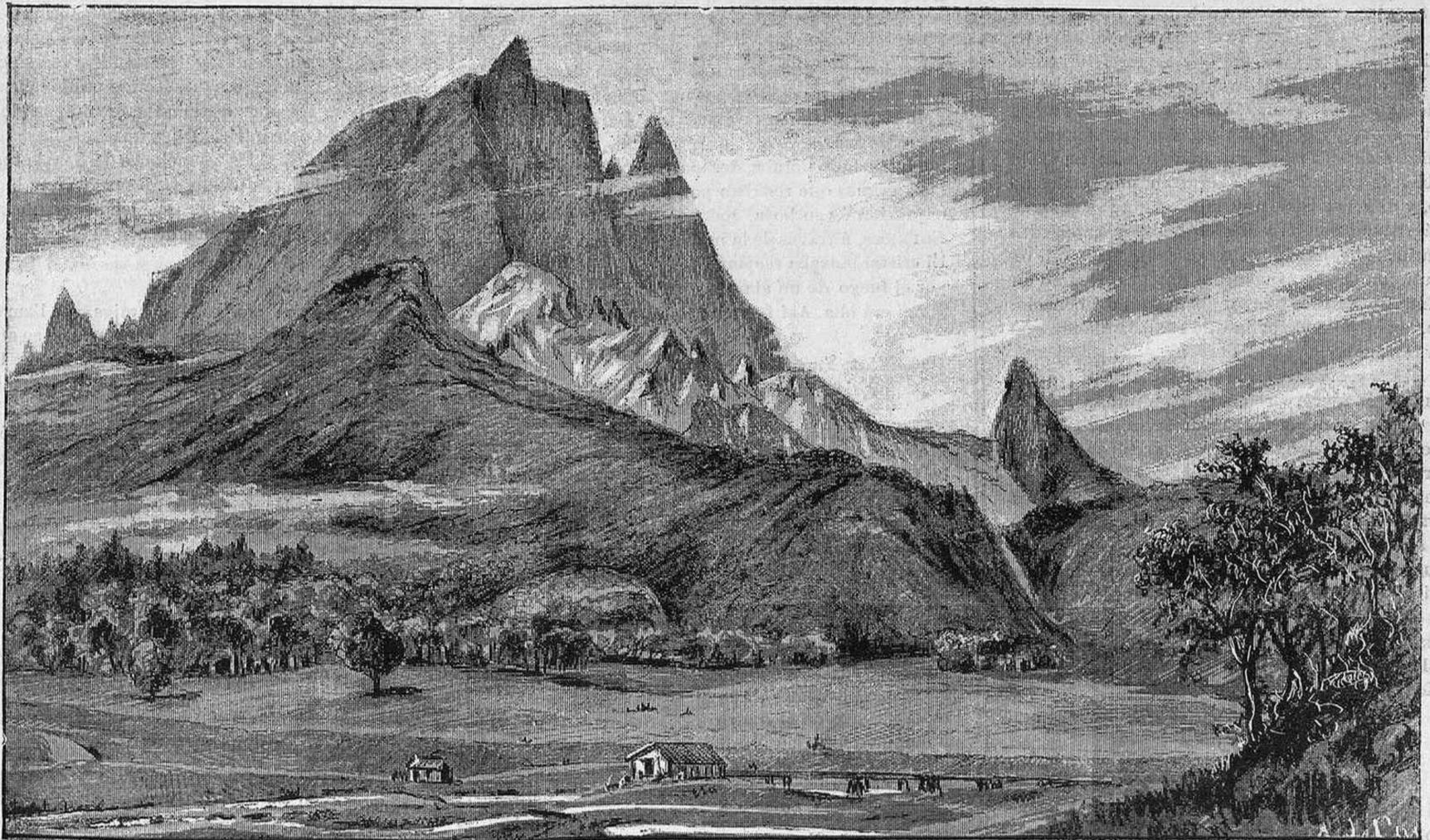
(1) Dedicada á la memoria del insigne Zimmerman.



BELLAS ARTES.—UN OBSEQUIO DE AMOR (Cuadro de Siebert.)



EXCMO. SR. D. MANUEL BECERRA, MINISTRO DE ULTRAMAR



BAJOS PIRINEOS.—«LE PIC DU MIDI» (Dibujo de Caula, fotografado de Laurent.)

en un arpa armónica en todo cuanto se agita en los mundos, desde la luciérnaga, cuyos ojos brillan en el césped de las praderas, hasta el astro, cuyo centelleo ilumina el verde azulado en que se cobijan, cual en mantos imperiales, los dioses.

En la alborada, cuando la alondra rompe su primer vuelo diurno y entona sus *pizicatos* amorosos, elevaré una plegaria al Supremo; pero no de esas que se han escrito para recitar en el templo, no; la plegaria nace como un perfume santo de lo íntimo del alma; el crepúsculo lo consagraré al recuerdo, pues parece que la soledad del primero invita a recordar esas cifras tristes que, al grabarlas en el pecho el buril de la desgracia, sólo se desvanecen cuando cesa la circulación vital, aunque tal vez al volar el alma al cielo, sus alas vayan impregnadas de las reminiscencias de la tierra, y juzgue Dios a los mortales según los grados de sus padecimientos pasados, y la noche la consagraré al estudio, que es la vida del cerebro, como el amor es la vida del alma, y los alimentos el sostén del cuerpo; entonces, y sólo entonces, compadeceré a los demás seres que, sirviéndose de escalón unos a otros, pisotean lo más noble y elevado, la dignidad humana, para sentarse en el solio que su ambición les creó, forjado por el orgullo despótico de la soberbia; y allí, solitario en mi casita que, emblema de mi vida, parecerá el ave herida que cura en las soledades la brecha que arma humana abrió injustamente en su cuerpo, sentiré inundada mi alma de esa tranquilidad melancólica que la naturaleza muda deposita como un bálsamo en los sentimientos helados por el glacial ósculo del escepticismo, que empezaba a rodear mi cerebro como un dogal, semejando a la ondina que entre caricias y besos rodea el cuello de su amado para sumergirlo después al lago, donde expira inundado de voluptuosidad.

Y así mi vida se irá deslizando como algo que se apaga, pero que en los estertores de su extinción aún conservará mi corazón cenizas de amor, mis ojos, recuerdos de lágrimas; y en la primavera veré, desde el umbral de mi casita, la golondrina que, cruzando las montañas en raudo vuelo, se dirige a mi patria, y la diré con emoción y cariño: «¡Oh tú, golondrina que acariciabas en la niñez con tus alitas mis rubios cabellos, y hoy «por horror al frío» te separas de ellos; vuela, vuela a mi patria y dí a la aldeíta en que se meció mi cuna, que hay en estas soledades un pobre emigrado del mundo que te ha mandado llorar sobre la tumba de sus padres, y que te ha rogado depositar con tu piquito, sobre su lápida, un ramo de flores; visita también la casa en que se crearon mis sueños de niño, y díle que aún hoy la amo, que se acuerde del ángel que cobijó, y de los besos y carcajadas infantiles, que, explosión santa de mi felicidad, repercutieron en sus carcomidas paredes, y como un eco infinito aún los llevo grabados en mi corazón; anda, anda, golondrina, y dile eso a la aldeíta que me vió nacer!»

.....
Cuando la nieve, coronando las alturas y mi cerviz, se unan como en un consorcio sagrado la nieve del cielo y la de la tierra, entonces esperaré la muerte, esa variación de la vida, con la calma dulce con que las almas libres de cargos suben a las esferas desconocidas de los espíritus, y antes mandaré a algún campesino, único morador de aquellas agrestes soledades, que cuando lance el último suspiro queme mi casita y cuanto ella encierra, para que mi alma, esa segregación infinitesimal del espíritu infinito, suba envuelta al empuje entre el humo de las cenizas que constituyeron mi felicidad en la tierra.

ANGEL E. BLANCO.

La falda tricolor.

Mi amigo Sebastián es un hombre muy desgraciado. Nada le satisface, nada le anima, nada le sale bien. Vive como una sombra, sin hablar con los que le rodean sin asistir a las diversiones, sin desear los placeres. Un día me dijo:

—Voy a contarte la verdad, para desahogar mi pecho en el tuyo. Soy desgraciado porque merezco serlo; porque cometí un crimen horrible.

—¿Cuál?

—Hice morir de amor a la mujer que me adoraba, a la que yo quería con todo mi corazón.

—¿Cómo pudo ser eso?

—Una falda tricolor tuvo la culpa.

—¿Una falda?

—Sí: de menudas rayas alternadas, unas rojas, otras azules, otras negras. La llevaba una novia mía que se portó muy mal conmigo, y juré enamorarme a todas las mujeres que tuvieran una falda igual, para vengarme en el sexo de la culpa de uno de sus individuos.

—¿Qué rareza!

—Voy a referirte la historia, suprimiendo algunos detalles y dando a mi narración una forma novelesca, para que tú no se la des contra mi gusto si se te ocurre publicarla cualquier día.

Y comenzó así su relato:

—Se llamaba Cora. No era completamente hermosa, porque su hermosura tenía más de relativa que de real. Las severas líneas de su semblante, dulcificadas por la expresión de sus ojos azules, claros, magníficos, perdían la dureza que las caracterizaban cuando Cora dormía. Los ojos eran en su rostro lo que el sol en el firmamento. Al abrirlos, el mágico fulgor de sus pupilas lo inundaba todo. Al cerrarlos, volvía la sombra. Sus miradas, ora tiernas, ora arrogantes, siempre investigadoras y profundas, conmovían, no fascinaban. Su belleza era un cristal opaco que sólo brillaba en todo su esplendor al transparentar la luz de la sonrisa.

Sonriendo y mirando, era irresistible. Así la ví por primera vez.

Contemplándola fríamente, no se adivinaba el secreto de su poder. Pero cuando sonreía, se iluminaba su semblante con resplandores deliciosos. Su hermosa salía del fondo; no se revelaba en la superficie; aparecía a ráfagas: era un pedazo de cielo casi siempre cubierto de nubes. Sin embargo, su sonrisa, dulce efluvio de un alma casta, tenía la expresión sensual de la Venus impúdica; hablaba a los sentidos antes que al corazón.

Cuando reía, sus ojos eran ardientes, voluptuosos sus labios. No por intención, ni siquiera por temperamento; era, según ella, por un defecto de que ansiaba corregirse, por una falta casual e involuntaria: cuestión de líneas, de claroscuro y de rayos de luz.

Mas cuando lloraba, desaparecía todo esto. Entre las lágrimas que rodaban por su mejilla y la triste expresión de su boca, todo era ingenuo y puro. Entonces, a través de la mujer, aparecía el ángel. El cristal lanzaba resplandores de gloria, avivados por el fuego de un alma sin mancha.

Así era ella. Así fué para mí la postrera vez.

¿Cómo no amarla?

¿Cómo, después de amarla, poder aborrecerla?

Yo era un niño viejo: en un cuerpo que rebosaba juventud, llevaba un corazón herido por el engaño. Harto de buscar en los campos de batalla un lenitivo al singular tedio que me consumía, dejé la carrera de las armas y quise buscar consuelo en la tranquilidad de un hogar, en las emociones dulces y apacibles.

Abandoné la capital para retirarme a un pueblo, calculando que las beldades lugareñas no podrían hacerme recordar la infamia de una mujer que me engañó cobardemente.

Mi entrada en el nuevo sitio de mi residencia fué una victoria sin combate. Me había precedido la fama: fama nada envidiable, de calavera, de camorrista, de enamorado... y de poeta. Los padres me miraron con recelo; los maridos, de reojo; los viejos, con maligna curiosidad; los jóvenes con envidia, y las jóvenes no se atrevieron a mirarme.

En aquel pequeño teatro, refugio de hombres sencillos y frugales, la estampa de un cortesano

resaltaba demasiado. Hacía el efecto de un gran cómico entre muchos cómicos de la legua. Mis trajes, mis modales, mi conversación, todo era notable para aquellas buenas gentes.

Caí entre ellos como cae una piedra sobre la tranquila superficie de un lago; abriendo camino, alborotando, espantando a los pacíficos habitantes del elemento en calma.

El primer movimiento fué de sorpresa, mas pronto vino la reacción. Padres, esposos y amantes comprendieron que llegaba un enemigo y adoptaron una actitud hostil, preparándose a la defensa. Creí que me habían tomado por un investigador de contribuciones.

Pero yo tenía un salvoconducto: una carta de recomendación para el señor cura. El argumento era poderoso, y mis convecinos empezaron a capitular. La carta me sirvió de llave para abrir todas las puertas: la prudencia me introdujo en las habitaciones: la amabilidad me conquistó un asiento junto al hogar de cada familia.

Así llegué hasta el gabinete del maestro.

El maestro era un hombre singular.

Se hubiera vuelto loco si fuese posible la locura en un matemático.

La escuela quedaba a cargo de un pasante, porque el maestro era inaccesible a su profesión. Su entendimiento estaba erizado de guarismos y su raciocinio era un océano de problemas. Tenía un caballo que se llamaba *más*, un perro que se llamaba *menos*, un gato con el nombre de *sumando* y un loro con el apodo de *dividendo*. Cuando alguien visitaba su casa, se *sustrata* de la sala para encerrarse en el gabinete. Cuando estaba solo y tranquilo, se multiplicaba por sí mismo para hacer más durables sus tareas. Almorzaba con una ecuación, comía con un teorema y cenaba con un corolario.

Buscaba incesantemente una incógnita que no existía. Esta incógnita era su juicio. No era un hombre: era un número: le llamaban X.

El maestro tenía una sobrina.

Si el tío era la expresión de las ciencias abstractas, la sobrina era el tipo de las artes positivas. Llamábase Rosa, y difícilmente se hallaría una rosa más lozana y menos espinosa que la sobrina de su tío. Todo en ella era fresco; hasta las palabras. Atraía con su presencia, y desengañaba con su conversación. Al verla, era difícil no sentirse capaz de amarla. Después de amarla, era imposible no rezar el acto de contrición.

En un cuadro de las tentaciones de San Antonio hubiera hecho gran efecto; pero no cabía en la cámara nupcial. Tentaba, pero se arrepentía. Llevaba consigo el veneno juntamente con el antídoto.

Rosa tenía una amiga. Esta amiga... se llamaba Cora. Habían estado juntas en el colegio, y se amaban como se aman las jóvenes, con los labios. Halláronse una vez en la corte, recordaron su antigua amistad, ofrecieron mutuamente hacerse una visita, y Cora, que no estaba bien de salud, fué la primera en cumplir lo prometido, viniendo con sus padres al pueblo de Rosa, más que para ver a Rosa, para buscar en las fragantes brisas del campo un alivio a los efectos del aire de la ciudad. Allí, en la casa de Rosa, entre la sobrina y el tío, la conocí.

Entre el cetáceo y el molusco hallé la perla.

D. Juan, padre de Cora, había sido un hombre en su juventud. Cuando le conocí, no era más que un cazador.

Infiltrándose progresivamente en las aficiones de verdugo campestre, dejó de ser persona para convertirse en escopeta. Cazaba largo en el monte, y muy corto en su casa. No veía más allá de sus narices, a pesar de que usaba anteojos. Los asuntos domésticos eran fruto vedado para su inteligencia. Ni su raciocinio ni su voluntad intervenían para nada en el hogar. Se había retirado del servicio activo, y su esposa mandaba en jefe. Ni siquiera le

quedaba el papel de abogado consultor. Mientras su mujer hacía reflexiones, él hacía cartuchos.

La madre de Cora no había nacido para la maternidad. Ser madre, es fácil. Saber ser madre, es más difícil: requiere un privilegio de la Providencia. Dar la vida á un ser no es más que la mitad de los deberes maternos; la otra mitad es saber educarle.

Doña Juana, persuadida de que su esposo no servía para llevar las riendas del gobierno, las empuñó con mano fuerte. Pero á la vez, empuñó el látigo. Dotada de carácter agreste y de persuasión digna de mejor suerte, doña Juana se vanagloriaba de ser *el amo*, y abusaba de su poder. Y el poder, en tan malas manos, era el despotismo.

La figura de Cora resaltaba de modo singular al lado de la de sus padres. Física y moralmente no parecía hija de tales personas. Era rayo de luz que iluminaba el fondo de un abismo tenebroso. Y al iluminarlo, ponía de relieve la fealdad oculta en el seno de las tinieblas.

Al ver tal hija entre tales padres, recordé este proverbio: «Dios da pan á quien no tiene dientes.»

En aquella época, por haber amado mucho, mi corazón no amaba ya. Por haber soñado en demasía, mi espíritu se arrastraba sobre el cieno del materialismo. No creía en el amor, no creía en la mujer, no creía en nada. Dios era para mí un Ser sobrenatural que no podía ser adorado sin ofenderle; queriendo apartarme de la idolatría, caía en el ateísmo; deseando espiritualizar á Dios, llegaba á suprimirle.

Yo no había sido niño, porque jamás me cautivaron los placeres propios de la infancia. Sucesos inesperados interrumpieron mi educación, y los estudios á que me dediqué, irregular y tardíamente, no dejaron en mi cerebro huellas provechosas. A los dieciséis años, mi imaginación era una potencia ineducada; rechazaba con viril energía la influencia de los preceptos sociales, huía de los libros y gustaba de hundirse en los hermosos abismos de la ignorancia.

Los primeros libros que leí, más por pasatiempo que por afición, me hicieron mal, porque eran demasiado fantásticos y peligrosos. Elaborando en las regiones de la duda mis nuevos pensamientos, hijos de las ideas que bebía en la lectura, llegué á formarme una opinión estrambótica de todo cuanto me rodeaba; soñé una religión singular, un amor extraño, un mundo monstruoso. Y á los veintitrés años no era religioso, ni amante, ni sociable, ni bueno.

Dados estos antecedentes, puede comprenderse cuál sería la disposición de mi ánimo delante de una mujer bella. No podían seducirme los dones del espíritu, y el excesivo amor propio que me dominaba convertía en groseros borrones los puntos defectuosos, y rebajaba á la mujer hasta el último grado de la dignidad humana.

La impresión que me causó Cora cuando la ví por primera vez, fué de brusca sorpresa. Llevaba una falda tricolor, de menudas rayas, unas rojas, otras negras, otras azules.

Dije: «¿Si estará escrito?» Y después de dominar mi emoción, juzgué á la nueva criatura que se presentaba en mi camino, y la juzgué muy mal: parecióme coquetuela, burlona, insípida; pero, sobre todo, no me pareció hermosa.

Nuestra entrevista fué glacial como un día de invierno. Algunas palabras de vulgar cortesía resbalaron sobre el muro de la indiferencia que voluntariamente levantamos entre los dos para separarnos desde luego, y me apresuré á salir de la casa. Dos horas después, ya no me acordaba de Cora.

Pasó una semana.

La casualidad me hizo encontrar á Cora. Nos saludamos fríamente; seguí mi camino, y por segunda vez me dije que la muchacha no valía la pena.

De improviso me asaltó un deseo imperioso: la necesidad de amar á alguien: á una mujer, si era preciso.

Inmediatamente pensé en la sobrina del maestro. Rosa poseía suficientes atractivos para volver locos á los hombres vulgares; pero desde que me fijé en ella, me pareció que si no la amaba sería el hombre más vulgar del universo. Persuadido de esta verdad, que pregonaba á gritos mi corazón, comencé á adorar á Rosa con un ímpetu irresistible, que Rosa no resistió. Fué innecesario declararme. Hablaron mis ojos, y quedó firmado el amoroso pacto con la mejor voluntad por ambas partes.

—Ahora sí, me dije: ahora sí que estoy satisfecho. Rosa es bella, bellísima. ¡Ya quisiera Cora tener la mitad de su belleza!

Pasó otra semana. Una semana muy feliz. Rosa me adoraba; era indudable. Yo la correspondía con toda mi fuerza; no me cabía duda.

Mas ¿por qué pensaba tanto, tanto, en lo que nada me importaba? ¿Qué me importaba á mí que Cora no fuera hermosa?

No transcurrieron muchos días sin que yo descubriera lo que debí adivinar á su debido tiempo: yo, el maestro de amar, estaba completamente enamorado; enamorado como un tonto, como todos los que se enamoran.

¿De quién? ¿De quién podía enamorarse un hombre que amaba á Rosa con toda su voluntad? De Cora, de la coquetuela, de la insensible, de la que no era hermosa.

¡Cuán divina me pareció después de averiguar que la amaba!

Pero Cora no era lo mismo que la sobrina del maestro; entre ambas había tanta diferencia como entre la ciudad abierta y la plaza inexpugnable.

¿Cómo llegar hasta Cora después de haber amado á Rosa?

¿Amarla he dicho? No: yo no la amé jamás. Rosa había sido una excusa buscada por mi vanidad para defenderme de mi verdadero amor. Creyendo amar á Rosa, empezaba á idolatrar á Cora, preparaba mi corazón para el más dulce rendimiento, descubría el recóndito vaso cuyo perfume sólo debía verterse en el seno de Cora, de la bella, de la adorable, de la hermosísima criatura.

Cuando se ama otra vez, después de haber amado mucho; cuando los dormidos pétalos de la flor marchita se reaniman iluminados por el sol de la esperanza, se vivifican con el hálito del deseo y se despiertan empapados por el rocío de la fe, el alma contempla sorprendida la admirable resurrección; el raciocinio interroga á la sensibilidad, y el espíritu y la materia se estremecen ante la magnitud del milagro.

Yo no me creía capaz de amar á nadie, después de haber agotado los profundos misterios de la pasión. Y, sin embargo, amaba á Cora, tanto y de tal manera, que la misma muerte, envuelta en los effluvios de su mirada, habría sido para mí la más celestial de las caricias.

Una tarde entré en la casa del maestro. El maestro calculaba. Rosa dormía. Cora dibujaba en su álbum. Me acerqué á la mesa y miré indiscretamente el dibujo. Cora cerró el libro y se marchó del gabinete.

Sin darme cuenta de lo que hacía, abrí el álbum, y escribí en una de sus hojas estos versos:

Ojos negros, ojos negros
tiene la que me adoró:
ojos azules, azules
tiene la que amando estoy.
Los ojos negros buscaban
con ansia mi corazón:
los azules no me buscan:
¡ay de mí! los busco yo

Cerré el álbum, y me marché.

Volví por la noche. El maestro seguía calculando. Rosa no estaba. Cora leía. Me miró, y bajó los ojos; no quería ver.

Cora salió de la habitación.

El álbum estaba allí, provocativo como el misterio. No pude resistir á mi ansia de abrirlo. La hoja donde yo había escrito no estaba en él. Estaba hecha pedazos en el suelo del gabinete.

Mi resolución estaba tomada desde aquel instante. Era preciso conseguir el amor de Cora.

El orgullo es el menos sufrido de los defectos. Los desdenes que Cora me prodigó durante quince días me exacerbaron de un modo singular.

Yo comprendía que Cora me rechazaba con justicia; considerábame dichoso amando á un corazón altivo, pero al mismo tiempo sentía humillada mi soberbia.

Después de lucha sorda y encarnizada, en la que el sentimiento fué dominado por la vanidad, me parapeté en la hipocresía, y con el supremo tacto que poseemos casi todos los hombres cuando se trata de herir á una mujer débil é indefensa, comencé el ataque.

La táctica del amor es una ciencia muy complicada. Sus secretos no están al alcance de las cabezas ligeras: nacen de la observación, se robustecen con la práctica. Aunque por razón de mi carrera estuve muchas veces expuesto á convertirme en Tenorio de cuartel, pude salvarme de esta vergüenza y aprendí la ciencia de amar en las elevadas esferas del sentimiento. En lucha con una niña inexperta, no podía temer la derrota. La derrota hubiera sido horrible para mi vanidad; más horrible aún para mi corazón, porque él se atravesaba en la partida. Tomé, pues, considerables precauciones y me arrojé al combate lleno de zozobra, temeroso de provocar una catástrofe, pero animándome con los gritos de mi deseo, como se anima el soldado con los guerreros sonos del clarín.

¿Por qué, al ver á Cora la primera vez, pude rechazar el potente influjo de su hermosura? No: yo me engañé; no pude rechazarlo; penetré en mi pecho con el ímpetu de una saeta lanzada por mano poderosa, llegó hasta mi corazón, y se escondió en el más ignorado de sus arcanos. Desde allí, lentamente, sin moverse apenas, sin despertar á la desconfianza que dormitaba en el seno de mi amor propio, encendió la primera chispa de la pasión, valiéndose del resentimiento; atizó el fuego con la vanidad, y al cabo hizo levantar la irresistible llama que todo lo domina, que todo lo vence, que todo lo subyuga. Entonces golpeó rudamente las paredes de mi corazón, y me dijo á gritos: «Aquí estoy.»

Ya era tarde para arrojar de la casa al enemigo: no pudiendo atacarle como adversario, le recibí como huésped; no pudiendo herirle, me dejé maniar por sus cadenas peregrinas. Había penetrado por sus cadenas peregrinas. Había penetrado con tanta velocidad, que una sombra no hubiera sido más fugaz, ni un rayo más ligero. No sentí el golpe, porque no tuve tiempo para sentirlo. Mas ya posesionado de mi ser, no podía salir sin causarme daño. Mi pecho se comprimía para no dejar paso al conquistador, y pugnaba por encerrarle eternamente.

(Se concluirá.)

ADOLFO LLANOS.



EL GRAN CAPITÁN, GONZALO DE CÓRDOVA.

TRAGEDIAS DEL ARROYO

POR JUAN VALERO MARTÍN

(CONCLUSIÓN)

—¿Qué haces ahí? Puedes suponer que no quiero que duermas ni una noche más en mi casa (y recalco las últimas palabras): ve y que te mantenga tu defensor.

—No necesito de nadie para que me mantenga; me basto yo, contestó Honorina con un gesto de desprecio; y si me pesa algo en el mundo, es que lo hayas hecho tú durante un momento de mi vida.

—¿Y cómo no te ha pesado hasta ahora?

—Porque no conocía lo miserable que eres.

—Nunca he pegado á una mujer; pero como me sigas insultando, no respondo de mí.

—A quien no has pegado en tu vida es á un hombre; á una mujer ya es más fácil.

—¡Mira, Honorina!... gritó Luis mostrándole los puños crispados.

—Pega, hombre, pega; que yo no soy Gastamal, contestó ella sin inmutarse.

—Eres una... perdida.

—Y tú un canalla, que...

Honorina no pudo acabar la frase; un tremendo bofetón la hizo caer al suelo cuan larga era.

Cuando se levantó, después de su aturdimiento, Luis había desaparecido, y su criada, aturdida y temblando, aplicaba á sus sienes vinagre.

—María, dijo en cuanto pudo articular una palabra; dame un abrigo cualquiera.

Y comenzó á arreglar sus cabellos frente al espejo.

Poco después abandonaba aquella casa, dentro de la cual hasta respirar la hacía daño.

No se dió cuenta exacta del tiempo que vagó por las calles; el frío la hizo al fin volver á la realidad de su situación; entonces pensó en que era necesario refugiarse en alguna parte. Se encontraba en una calle estrecha y larga que no conocía;

debía estar muy apartada del centro de la población, ó ser muy tarde, porque apenas pisaba el asfalto de las aceras algún que otro embozado hasta los ojos, y continuaba su camino á buen paso, sin fijar en ella la atención.

El frío hacía chocar sus dientes; al fin su vista fué á posarse en una muestra colgada de un balcón; allí se leía en grandes letras blancas sobre un fondo negro el siguiente letrero: «Casa de huéspedes.» Después de mil dificultades se hizo abrir la puerta por el sereno, y subiendo unas estrechas y sucias escaleras, fué á detenerse ante otra, en la que se leía, escrito sobre un papel blanco y pegado á ella con obleas, las siguientes palabras: «Se admiten huéspedes.» Después de agitar repetidas veces la campanilla, oyó pasos que se acercaban, y endebles rayos de luz asomaron entre las rejas del montante.

—¿Quién es? preguntó á través de la puerta una voz de hombre.

—Servidora, contestó Honorina.

—¿Qué desea usted?

—¿Podría darme una habitación por esta noche?

Se oye el chirrido de la llave en la cerradura, y á poco apareció un vejete medio desnudo, y que sostenía una palmatoria en una mano; la recorrió con una mirada, y exclamó:

—Se ha equivocado usted, es enfrente, y empujó la puerta para cerrarla; pero Honorina le detuvo.

—¿Cómo enfrente; ¿No es ésta la casa de huéspedes?

—Sí, señora.

—Pues lo que yo quiero es una habitación para dormir.

Nueva mirada del viejo, que al fin exclamó:

—Aquí es costumbre pagar adelantado cuando no se trae equipaje.

Honorina tembló, no traía dinero; sin embargo, hundió la mano maquinalmente en el bolsillo de su bata, y un estremecimiento de placer recorrió su cuerpo al tropezar los dedos con una moneda; eran cinco pesetas que por casualidad traía consigo.

—Aquí tiene usted. ¿Cuánto vale el cuarto?

—Por hoy no tenemos más que uno oscuro; pero mañana se instalará mejor á la señora, si gusta quedarse aquí, dijo el vejete haciendo una cortesía.

—Me es indiferente; lo que quiero es acostarme pronto, porque tengo frío.

—Bien, mañana pagará la señora; es lo mismo, porque aquí no tengo cambio.

Poco después Honorina descansaba sobre un catre de madera oculto en un cuartucho oscuro y reducido; sin embargo, la pareció la mayor de las dichas. ¡Hacia tanto frío en la calle!

En toda la noche no logró conciliar el sueño ni un solo instante; pensamientos horribles cruzaban su mente; no la quedaba nada en el mundo; no tenía hogar, ni pan, ni, lo que era aún peor, la estimación de las personas honradas; ya no había ninguna mujer digna que se atreviera á saludarla, ni un hombre que la prestara su apoyo, más que haciendo un misterio de su protección; la sociedad la arrojaba de su seno, la expulsaba como á un criminal, como se separa de un cuerpo sano la parte agangrenada.

¿Y por qué se había hecho acreedora á que la tratara así? ¿Por su vanidad? ¿Porque soñó admirar al mundo con su lujo? No; porque debió nacer rica, y nació pobre; la culpa no era suya, era de Dios, que había colocado en su alma aquellas pasiones para hacerla nacer en un medio ambiente tan distinto del que necesitaba para vivir.

Todo obedece en el mundo á leyes superiores é inmutables; si arrojárís una piedra en el espacio, fatalmente la ley de la gravedad la hará caer; si por una superficie desigual derramáis una cantidad de agua, el líquido presentará una superficie plana, en vez de dibujar los perfiles de la en que se apoya. Si unos padres modelos, por cariño mal entendido ó debilidad de carácter, inculcan en el alma de su hijo principios distintos de los suyos; si le crean necesidades insostenibles, y no poseyendo apenas lo necesario, se obstinan en rodearle de lo superfluo, entonces, no por la ley de la gravedad, no por un decreto inmutable de la naturaleza, sino porque determinadas causas producen siempre los mismos efectos, labran la desgracia de su hijo, donde sólo pensaron elevarlo sobre el peristilo de la felicidad y de la dicha.

Honorina, revolviéndose en el lecho, pensaba todo esto; la desgracia le hacía filósofa; no creía en nada; todo era natural y rigurosamente lógico; no había efecto sin causa, y, en su desesperación, acusaba á sus padres, á Dios, de sus faltas; ni un ápice de responsabilidad pesaba sobre su conciencia; si en lugar de llevarla al colegio la hubieran conducido al taller, se hubiera acostumbrado al trabajo, y no la repugnaba el trato de sus compañeras; si en vez de acompañarla más tarde á casa de sus amigas la hubieran hecho fregar en la cocina de su casa, sus manos no necesitarían de los guantes para conservar su tersura, y su alma, habiendo vivido en otra atmósfera, no suspiraría por un lujo que no había conocido nunca.

Para ella era inútil lamentarse; no la quedaba más recurso que su belleza.

Pepe Gastamal era pobre, y aun cuando ella se resignaría de muy buen grado á su pobreza, él no lo permitiría; había que pensar en algo; el día se acercaba, y no poseía más que aquel duro, del que tenía que pagar su estancia aquella noche en el inmundito cuartucho que la servía de dormitorio.

Largo tiempo estuvo fraguando proyectos, á cual más descabellados; ya por encima del montante de su puerta se divisaba alguna claridad, y poco después sintió los pasos de la gente de la casa que empezaba sus tareas, y aún no había decidido nada; de improviso saltó del lecho y comenzó á vestirse apresuradamente; por su cerebro acababa de pasar una idea, mejor dicho, un recuerdo; pidió recado de escribir, estampó algunos renglones en el papel, cerró el sobre y escribió sobre él: «Sr. D. Enrique González, calle de tal, número tantos;» llamó de nuevo, recomendando que inmediatamente llevaran aquella carta á su destino, y poco después se hacía su *toilette*, vagando una sonrisa en sus labios, bien difícil de definir: la hubieran juzgado unos de tristeza; la habrían creído otros de satisfacción, y no faltaría alguno que la creyera de desprecio; sí: se despreciaba á sí misma.

Honorina había conocido á González en el teatro; algunas noches de encontrarse casualmente, habían bastado para hacerle fijar en ella la atención; el palco de su señora era precisamente el de al lado de Honorina; la había hecho infinidad de proposiciones, pero ella sabía que González era casado, y siempre tuvo horror á introducir la desgracia en el seno de una familia honrada; tenía hijos, y Honorina consideraba un crimen labrar su desdicha con su ruina; en pocas horas había cambiado de modo de pensar.

Luis Suárez había premiado su fidelidad de aquella manera, hostigado en gran parte por su madre, por una de aquellas señoras que ella tenía repugnancia en arrebatar los maridos, por una de esas señoras que la despreciaban, que por nada del mundo la considerarían en su igual; pues bien, ella iba á vengarse de su desprecio, ella arruinaría á González, y luego á otro, y luego á otro; mientras fuera joven y hermosa, demostraría á esas señoras que, con sólo una palabra suya, sus maridos, sus hijos y sus hermanos correrían á depositar sus corazones y sus fortunas á sus pies.

Cuando revolvía en su mente estas ideas, sus ojos rasgados y negros relucían como ascuas, y su boca, dilatada por la sonrisa, prestaba á su fisonomía un aspecto satánico.

Escasamente habían transcurrido dos horas cuando se presentó un caballero preguntando por la señorita Honorina; era alto y enjuto; su calva, grande y reluciente, era tapada, á trechos, por algunos mechones de canas pegadas con cosmético; su bigote, largo y retorcido, le daba un aspecto entre marcial y grotesco, y bajo sus gafas, engarzadas en oro, relucían unos ojillos pequeños y saltones, que se asemejaban mucho á los de un reptil.

—Por fin, Honorina, por fin, murmuró en cuanto estuvo en su presencia.

—Sí señor, estoy desengañada; Luis es indigno de mi amor.

—¿No se lo dije yo cincuenta veces? Usted tenía que acabar siendo mía.

—No tanto, no tanto, murmuró Honorina con una sonrisa que parecía una tentación.

—¿Cómo que no? ¿Ahora me desaira usted también?

—Nunca le desairé; siempre le he dejado entrever una esperanza, y al buen entendedor...

—Pues bien; ha llegado el momento de que se realice. Usted sabe que soy rico, que puedo...

—Yo no me vendo, le interrumpió Honorina con aire de dignidad perfectamente imitada.

—Lo sé, Honorina, lo sé; pero soy tan rico en amor como en dinero. En mí tendrá usted, no un amante, un padre; si usted me amara un poco, por poco que fuera... ¡seríamos tan felices!

—¡Felices! repitió Honorina con un eco, y tomando un aire lánguido que encantaba,

—Sí, muy felices, añadió él tomándola una mano; muy felices, porque yo cifraré mi suerte en que usted lo sea, porque adivinaré en sus ojos sus deseos, y me apresuraré á cumplirlos; tengo sobrada voluntad y dinero para hacerlo. Acaso encuentre usted mi cuerpo demasiado viejo, pero la juro que mi corazón ha revivido al amor de usted, y que mi pasión es tan impetuosa como la de un adolescente; la juro á usted que la adoro, y la pido por Dios que no sea por más tiempo cruel conmigo.

Cualquier espectador de esta escena hubiera soltado la carcajada más sonora al ver al vejete acabar su discurso, arrojándose ante Honorina y cubriendo sus manos de besos, mientras relucían sus ojos como chispas y temblaba todo su cuerpo.

La cuestión acabó como es de suponer; Honorina representó su papel á las mil maravillas, y al poco tiempo abandonaba aquella casa donde se había refugiado en la miseria para empezar una vida fastuosa.

Pocos días después poseía Honorina todo lo que su corazón de niña había soñado; tenía coches, brillantes y encajes, pero... ¡qué precio! Todo lo que poseía, y diez años de su vida, daría de buen grado por volverse á poner los vestidillos hechos por su madre, comer de nuevo un cocido entre sus padres y dormir sobre aquel jergón duro, tapada con aquella manta rota que cambió por los colchones de su cama; ¡con qué placer recordaba aquellos días felices de su vida! Luego pensaba en Gastamal; tenía deseos y miedo de verle; de seguro él había hecho gestiones para encontrarla; de seguro la hubiera brindado su protección; pero si llegaba á verlo, ¿qué iba á decirle para disculpar aquella inicua venta de su persona?

Así transcurrieron tres meses; Honorina sentía asco de aquel viejo que compraba cada una de sus caricias á un precio fabuloso; sus menores deseos eran órdenes para él.

Por un capricho de Honorina, el palco que tenía al lado del de la señora de González se conservó, y tenía especial placer en aparecer ante el mundo mucho más rica, mucho más bella y mucho más joven que la pobre señora, que, ó nada sabía, ó se resignaba pacientemente al ridículo en que caía, pasando algunas noches casi al lado de la querida de su marido.

Pero no siempre había de pasar así; una noche en que Honorina llegó la última al teatro, notó que al aparecer ella, su vecina de palco, después de medirla con una mirada de desprecio, cogió del brazo á González, obligándole á acompañarla fuera del teatro; su rival había vencido en toda la línea, y ante el mundo la demostraba la diferencia inmensa que existe entre la mujer propia y la querida, á quien se mantiene como al caballo favorito.

Un bofetón no la hubiese dolido más.

Al día siguiente, cuando D. Enrique fué á ver á Honorina, le recibió con marcadas muestras de enfado; el vejete se sonreía con aire estúpido; llevaba en el bolsillo el talismán que había de hacerla olvidar la escena de la víspera; pero ¡cuál sería su sorpresa cuando, después de presentarla un magnífico aderezo, vió que lo separaba con indiferencia y que no desarrugaba el ceño!

Entonces comenzaron las explicaciones; el vejete se excusó del mejor modo que pudo, ofreciendo entre excusa y excusa, cuándo un traje, cuándo un alhaja, cuándo un sombrero; pero Honorina parecía no oír.

—¡Por Dios! murmuró D. Enrique; dime qué quieres que haga, y lo haré de cabeza.

—Por no habértese ocurrido, merecías que no te la dijera.

—Dila, dila.

—Una cosa muy sencilla.

—Manda.

—Que mañana mismo te instales en esta casa para no salir de ella.

—Qué... qué... ¿qué has dicho? murmuró asustado.

—Nada, que te separes de tu mujer.

El viejo se quedó con la boca entreabierta y la mirada clavada en su interlocutora.

—¿La prefieres á mí? añadió ella. Pues ahora mismo hemos acabado.

—Pero, Honorina ¡por Dios! considera que tengo hijos.

—¿No tienen más de tres años?

—Sí.

—Pues te pertenecen por la ley.

—Vamos, tú estás loca; Francisca se moriría si se los quitara.

—Pues entonces, caballero, hemos acabado.

Y Honorina hizo ademán de tirar de la campanilla.

—¿Qué vas á hacer?

—Llamar á mi doncella para que me vista, é irme de esta casa, que le pertenece á usted.

D. Enrique hizo ademán de hablar, pero le cortó la palabra diciendo:

—No me llevaré más que lo puesto; deo mis vestidos por si los quiere aprovechar la señora.

—Vamos, loquilla, vamos, te compraré un tronco del color que más te guste, dijo González sonriendo y procurando cogerla una mano, que ella retiró con aire de reina ofendida.

—Es inútil, dijo; por todo el oro del mundo no cederé; ó usted, caballero, vive desde hoy aquí conmigo, ó abandono esta casa en el acto.

Honorina no había perdido el tiempo.

En menos de un año era tan maestra en el arte del disimulo, que en este momento se jugaba el todo por el todo con la misma tranquilidad, al menos aparente, con que se bebería un vaso de agua.

Ya no era aquella niña que lloraba ante la desgracia de sus semejantes y que no tenía más defecto que un poco de vanidad; ahora había arrojado el corazón y la vergüenza como lastre inútil para la navegación por el mar de la vida. Bajo aquel rostro de ángel se ocultaba un alma de demonio; pretendía labrar la desgracia de una familia, porque la trataba con la única cosa que se puede cambiar desde la altura de la honradez y la virtud á los abismos del vicio: ¡el desprecio! ¿Y cómo lo hacía? Despues de calcular fríamente el medio más seguro, y ejecutarlo con la sonrisa en los labios.

González acabó por pedirle un plazo; al otro día la contestaría definitivamente.

No hemos de cansar al lector con detalles: á los pocos días, despues de un ruidosísimo escándalo, D. Enrique había cambiado su hogar por el de Honorina, y los brazos de su compañera de toda la vida por los de aquella meretriz.

Honorina estaba vengada.

Pero entonces comenzó un verdadero martirio para ella; el viejo no se separaba de su lado, la acompañaba á paseos y á teatros, y, en fin, parecía su propia sombra.

—¿No nos toca hoy el turno de Apolo? decía una tarde de sobremesa D. Enrique.

—Sí, hoy toca, contestó Honorina malhumorada.

—Pues vístete é iremos; tengo curiosidad por ver ese estreno.

Honorina no contestó; se dirigió á su habitación, y comenzó á vestirse.

El teatro estaba espléndido; la sala, en que apenas cabían los espectadores, estaba de bote en bote, y en los palcos se veían elegantes mujeres, que, más que á apreciar las bellezas literarias de la nueva obra, iban á lucir las propias.

Honorina dejó vagar una mirada por la sala, y sus labios dibujaron una sonrisa; los hombres tenían en ella asustados los anteojos y las mujeres la miraban á hurtadillas; clavó sus miradas en una de las últimas filas de butacas, y el corazón la dió una vuelta en el pecho: allí estaba Pepe Gastamal. A su lado había una joven hermosísima y elegante, aunque modesta, y para nada se ocupaban de lo que á su alrededor sucedía; con los rostros vueltos el uno al otro, cuchicheaban, encarnando en ellos el divino poema de la juventud y el amor.

.....
Momentos antes de terminar la representación, Honorina tomó su abrigo de pieles y salió del palco, seguida por D. Enrique; cuando llegaron

abajo, las personas de las butacas comenzaban á salir; mientras Honorina esperaba su coche abrochándose el abrigo, pasó casi rozando con ella Pepe Gastamal, que traía del brazo á su linda vecina de aquella noche; Pepe y Honorina cambiaron una mirada, que la jóven debió notar, porque le preguntó:

—¿Quién es esa mujer que te miraba así?

—Nadie, vida mía, una desdichada, contestó Gastamal sin mirarla.

Honorina sintió como una puñalada: el único hombre que había amado en su vida, la despreciaba también.

La noche estaba fría; era una de esas noches, en que la luna llena alumbraba como un inmenso farol colgado en el cenit, y en que, merced al soplo del Guadarrama, las calles de la capital de nuestra patria son más frías que las de muchas otras poblaciones colocadas en el mismo meridiano. El coche de Honorina no había venido á recogerlos, sin duda por algún accidente imprevisto. González quiso hacerse conducir por uno de alquiler, pero Honorina se lo prohibió; tenía calor, y quería andar; con el rostro encendido y el abrigo desabrochado, cualquiera la hubiera tomado por una loca al verla atravesar las calles como si el calor del riguroso verano la sofocara; caminaba muy despacio, y en todo el trayecto del teatro á su casa no cambió una sola palabra con su acompañante, lo que no extrañó á D. Enrique, que estaba acostumbrado á sufrir los caprichos de Honorina, en ocasiones bien originales.

Cuando llegó á su casa, estaba lívida y desencajada; sus dientes chocaban y su cuerpo temblaba como si estuviera en contacto con una pila de Volta. D. Enrique se asustó.

—¿Qué tienes, hija mía? Estás muy pálida: ¿quieres que mandemos por un médico?

—No, no, no es nada; que hagan una taza de té, y que venga María á desnudarme; no es más que un poco de frío.

D. Enrique salió á dar las órdenes que su querida le comunicaba.

Al poco tiempo, todos dormían en la casa, menos Honorina, que, á pesar del abrigo que había hecho ponerse, continuaba tiritando.

Al día siguiente el temblor había desaparecido, pero su respiración era anhelosa.

Entonces se pensó en buscar un médico; Honorina respiraba cada vez con más dificultad, y don Enrique pensó que se moría.

El doctor no supo en el primer momento á qué atenderse; recetó, por recetar algo, y esperó. Pasaron dos días más: al tercero, Honorina se agravó visiblemente; el mal hacía rápidos progresos; entonces se fué inmediatamente en busca del doctor; no estaba en casa, y fué necesario avisar á otro. Al poco tiempo, Pepe Gastamal entraba en el cuarto de Honorina; estaba en la cama y su cabeza, pálida y demacrada, se apoyaba sobre las almohadas; sus labios, secos y entreabiertos, hacían silbar el aire al rozarlos, y su vista vagaba triste por los ángulos de la estancia; cuando divisó á Gastamal, sus mejillas se tiñeron de un vivo carmín, y clavó en él una mirada de súplica.

—¡Pepe, murmuró, me muero!

Gastamal no contestó; con paso lento se aproximó al lecho y tomó una de sus manos para pulsarla. D. Enrique miraba por encima de su hombro, y su doncella sostenía una palmatoria.

—¡Me muero! ¿Verdad? repitió Honorina.

—No, no, aún hay esperanzas, contestó Gastamal; pero en un tono que más significaba lo contrario.

—Querría decir á este caballero una cosa; es un antiguo amigo mío, y querría hablarle á solas.

Poco despues estaban solos.

—Pepe, murmuró ella; dame la mano.

Gastamal se la tendió, la cogió entre las suyas, y la estrechó contra su pecho, exhalando un suspiro.

—¡Si vieras cuánto te he querido! murmuró.

Gastamal no sabía qué contestar.

—Tú ya estás casado, yo me moriré, y no volverás á acordarte de esta pobre mujer que te hubie-

ra querido tanto y que á tu lado hubiera sido tan buena!...

—¡Honorina, por Dios, no digas tonterías!

—Sí, sí, no me hago ilusiones; me moriré, y casi me alegro! ¿Qué era yo? Una esclava, un cuerpo sin alma; sobre mí pesaba el desprecio de las gentes, el desdén de la sociedad entera: ¡de seguro no pesará tanto la lápida de mi losa!

—¡Por Dios, Honorina, por Dios!

—No te aflijas; ya ves, yo estoy contenta: lo único que deseaba me lo ha concedido Dios; me muero á tu lado y tú cerrarás mis ojos.

—¡Honorina! murmuró Gastamal con los ojos preñados de lágrimas.

—Lo único que me pesa es no tener al otro lado de mi cama á mis padres. ¡Pobres! ¡Cuánto les he hecho llorar!

—Los tendrás, si quieres.

—¿Sí? ¿Serás tan bueno que los traigas?

—Ahora mismo voy á buscarlos.

—¡Bendito seas!

Y Honorina estampó un beso en la mano que le tenía sujeta.

Dos horas despues entraba Gastamal en la estancia, acompañado de Pedro y Elisa.

—¡Hija, hija del alma! gritó Elisa precipitándose sobre el lecho.

Honorina no podía ya hablar; se llevaba las manos á la boca como para arrancar una cosa que no la permitía respirar.

—¡Se muere, señor, se muere! añadió la madre mesándose los cabellos, y mirando á Gastamal, que no se movió. ¿No oye usted? continuó: ¿no oye usted que se ahoga, que no puede respirar, que se me muere?

En el mismo momento, Honorina, con un movimiento brusco, levantó la cabeza: pero como si con esto se hubieran agotado sus fuerzas, cayó sobre las almohadas para no levantarla más.

—¡Hija, hija mía! gritó Elisa: ¡perdonanos! ¡Nosotros hemos sido tus verdugos; nuestro cariño te ha asesinado; perdonanos!

Pedro se aproximó más al lecho; irguió el cuerpo, y mientras, mirando el cadáver de su hija, se escondían entre sus canas barbas dos lágrimas, murmuró:

—¡Ahora ha muerto para el mundo; para nosotros había muerto mucho antes!

—¡Mientes, mientes! gritó Elisa como una loca; ¡para mí no ha muerto, ni morirá; la llevaré siempre en el alma: soy su madre!

La historia de la artillería española.

(Conclusión.)

Leal á Fernando VII, que galardonó sus relevantes servicios con la faja de mariscal de campo, se abstuvo, á pesar de sus opiniones liberales, de tomar parte en ninguno de los movimientos intentados para restablecer la Constitución de Cádiz, y en 1820 combatió el pronunciamiento de Riego como jefe de la artillería del ejército que al mando del general Freire encerró y puso sitio á los sublevados de la ciudad de San Fernando. Pero desde el momento en que la revolución se extendió por toda la Península, y el Soberano dijo su célebre frase; *marchemos, y yo el primero, por la senda constitucional*, ya no tuvo Velasco que ocultar su simpatía á la política dominante: y unido en amistad estrecha á Riego, Arco Agüero y López Baños, caudillos é iniciadores del popular movimiento, desempeñó sucesivamente los cargos de gobernador de Madrid, comandante general de Extremadura y capitán general de Andalucía.

Pero no tenía nuestro héroe las mismas aptitudes para gobernar provincias revueltas que para brillar en las sublimidades de la batalla, y tan comprometidos destinos labraron su perdición. Que en aquel período de locura á que puso fin trágico la intervención francesa de 1823; en aquel delirio de los clubs anárquicos, de los banquetes patrióticos, del *Trágala* y del Himno de Riego; en aquella explosión de la licencia en que, como dijo

Agente general para los anuncios franceses: M. F. Mus, Rue Alfred-Stevens, 9, París.

GUERLAIN DE PARIS

ARTICULOS DE PERFUMERIA RECOMENDADOS

Agua de Colonia Imperial. — Sapoceti, jabon de tocador. — Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba. — Crema de Fresas para suavizar el cutis. — Polvos de Cypris para blanquear el cutis. — Stibolide cristalizado para los cabellos y la barba. — Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar la cabeza. — Primavera de España. — Pao Rosa. — Mariscala Duquesa. — Rosa y Clavel. — Heliotropo blanco. — Exposición de París. — Ramillete imperial Ruso. — Perfume de Francia. — Agua de Cidra, agua de Chipre y agua de Colonia Imperial Ruso para el tocador. — Alcoholado de Coclearia para la boca y los dientes.

VINO DE MILLET
Chalybé Balsámico
TÓNICO RECONSTITUYENTE
Tónico superior, de una eficacia cierta en la Anemia, la Clorosis, la Debilidad, la Impotencia, las Fiebres, la Bronquitis crónica, las Enfermedades Mentales y nerviosas. — Precio 3 fr. el frasco. Modo de usarlo: dos ó tres copitas de las de licor cada día. Depo F. E. MILLET, 41, r. des Francs-Bourgeois, PARIS. Se envían franco 2 frascos por 7 francos.

Recompensa de 16,600 francos á Laroche

QUINA LAROCHE

FOSFATADO
Sumamente necesario á las Mujeres en cinta y á las Nodrizas, á quienes aumenta la calidad de la leche. Abre el apetito, facilita el desarrollo y la dentición de los Niños.
Reemplaza el Aceite de Hígado de Bacalao contra el Raquitismo, reblandecimiento de los huesos, los Ganglios, el Linfatismo.
PARIS, 22, rue Drouot, y en las Farmacias de esta

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

NUEVO TRATAMIENTO Y CURACION DE LAS Enfermedades del Estomago, de los Intestinos, del Pecho, Languidez, Anemia, etc.

VINO PEPTONA CATILLON

(Carne asimilable y Fosfatos organicos)
Alimento de los Entermos que no pueden digerir. Poderoso Reparador de las Fuerzas debilitadas por la Edad, la Fatiga, las Fiebres, el Amantamiento, la Greencia de los Niños y de las Jóvenes, etc.
Paris, boul' St-Martin, 3 et Ph^{ie}

MEDALLA EXPOSICION UNIVERSAL 1878

VALENTIN GALVEZ
Puerta del Sol, números 10 y 12.

Cuantes de piel de cabrito, cordero, castor, Suecia, de hilo y de seda.
Corbatas, tirantes y ligas.
Novedades del país y extranjeros.
Objetos para regalos.

LA ILUSTRACION NACIONAL

En vista de la favorable acogida que ha tenido esta publicacion, y con el fin de poder servir algunos pedidos que se nos han dirigido, se ha hecho nueva tirada de los números del primero y segundo tomo, que se venden coleccionados.
Constan de 464 y 662 páginas respectivamente, ilustrados con magníficos grabados.
El precio de cada tomo es 30 pesetas el 1.º, y 35 el 2.º
Puede hacerse el pago abonando dos pesetas mensuales.
A los que deseen adquirirlos y verifiquen el pago al contado ó en dos plazos, se les hará una rebaja de 5 pesetas.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos
Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Vahidos, Congestiones, etc.
Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
Noticia en cada caja
Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABRICANTES.
Paris, Farmacia Leroy y principales P^{as}



L'EAU DE SUEZ
es el ÚNICO DENTIFRICO QUE SUPRIME INSTANTANEAMENTE PARA SIEMPRE los DOLOROS DE MUELAS y por CONSIGUIENTE la ESTRACCION Y LA AURIFICACION
En MADRID: Don José M. Moreno, Farmacia de la Reina Madre, 93, calle Mayor; R. J. Chavarri, Droguista, 87, Calle de Atocha; Romero y Vicente, 3, Carrera de San Geronimo.
En BARCELONA: Vicente Ferrer y Cia, Droguista, Plaza Moncada, N.º 1; Don José Lafont, calle del Call, 30, y M. C. Germain, Rambla, 14.

(VAGUNA DE LA BOCA) es el ÚNICO DENTIFRICO QUE SUPRIME INSTANTANEAMENTE PARA SIEMPRE los DOLOROS DE MUELAS y por CONSIGUIENTE la ESTRACCION Y LA AURIFICACION
Depositarario General: M. SUEZ, 9, Rue de Prony, PARIS (PARC MONCEAU)

Anti-Epidémico
Desinfectante Higiénico
PHENOL-BOBCEUF
PREMIO MONTYON acordado por el Instituto de Francia
Medallas de Oro y Diplomas de honor

PHENOL-BOBCEUF PERFUMADO
La mas higiénica de las Aguas de Tocador

Higiene de la Boca y Conservacion de los Dientes CON EL EMPLEO DEL
DENTIFRICO DE PHENOL-BOBCEUF
En Frascos y Medios-Frascos

JABON DE PHENOL-BOBCEUF
En Cajitas de tres Pastillas

61, Faubourg Poissonniere, PARIS (Antiguamente 7, rue Coq-Héron)
Depósito general de PRODUCTOS HIGIENICOS
DEPÓSITO: EN CASA DE LOS PRINCIPALES NEGOCIANTES

LICOR BREA MÚNERA

INDISPENSABLE

Si alguna vez padecéis tos, irritaciones en la garganta ó laringitis aguda ó crónica, catarro pulmonar, humores herpéticos ú otras enfermedades de las membranas mucosas, acudid á buscar el Licor Brea Múnera, que es el remedio indispensable para curar dichas dolencias.
Lo aseguran así médicos notables, lo demuestran elocuentemente los hechos y lo sanciona el público con el considerable consumo que del mismo hace. De venta en todas las farmacias de España.



MÁQUINAS PARA COSER
CAJAS DE MÚSICA
COCHES PARA NIÑOS, ESTUFAS
7,º PRECIADOS, 7
32, ESPOZ Y MINA, 34

EXPOSITION UNIVERSALE 1878
Médaille d'Or Croix de Chevalier
LES PLUS HAUTES RÉCOMPENSES

AGUA DIVINA E. COUDRAY

LLAMADA AGUA DE SALUD
Preconizada para el tocador, conserva constantemente la frescura de la Juventud, y preserva de la Peste, y del Cólera morbo.

ARTICULOS RECOMENDADOS
PERFUMERIA A LA LACTEINA
Recomendada por las Celebridades Medicas.
GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.
OLEOGOME para la hermosura de los Cabellos.

SE VENDEN EN LA FÁBRICA
PARIS 13, rue d'Enghien, 13 PARIS
Depósitos en casas de los principales Perfumistas, Boticarios y Peluqueros de ambas Américas.

NEURALGIAS Curacion inmediata con las Píldoras antineurálgicas del Doctor CRONIER.
3 fr. la caja. Farmacia, 23, rue de la Monnaie, Paris.

Se administran casas con economía. Hay fianza y toda clase de garantías. En la Administración de esta Revista, Almirante, 2 quintuplicado, darán razón.

Frasco 1/5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES &
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÉS et Co. B^{is} St-Denis, 26

La farmacia de Moreno
Miquel tiene siempre á la disposición del público el surtido más completo de todo cuanto posee la ciencia. Se despacha de día y á todas horas de la noche.
Arenal, 2, Madrid.



CARABAÑA

España. Grande honra para el suelo que produce sus aguas minero-medicinales. En la gran Exposición concurso internacional de Bruselas (Bélgica) acaban de obtener las Aguas de Carabaña el gran Diploma de Honor.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.

La VELOUTINE

Polvo de Arroz especial
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composición absolutamente nueva bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia, recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (peças, paños, rojeces, etc.). — **DUSSER, Inventor, 1, Rue Jean-Jacques-Rousseau, Paris.** (En América, en todas las Perfumerías).
Madrid: MELCHOR GARCIA; y en las Perfumerías de PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías de LAFONT, etc.